Jordi Galcerán
(n. Barcelona 1964)

El método Grönholm

(El mètode Grönholm)
(2003)

Traducción del catalán:
RISARDO
para biblioteca.d2g.com

Esta obra fue entregada a la editorial
unas cuantas semanas antes de comenzar el proceso de ensayos.

Es probable, por lo tanto, que la versión final del texto para el estreno
presente alguna diferencia respecto del texto publicado,
siempre a criterio del autor.

Personajes

Fernando

Enrique

Carlos

Mercedes

Sala de reuniones de una empresa. Mobiliario de calidad. Parqué. Paredes forradas de madera. Una mesa de juntas con ocho sillas. Sobre la mesa, botellas de agua y cuatro vasos. Un tapiz mironiano en la pared.

Al fondo, una puerta doble. En un lateral, una puerta más pequeña. Un gran ventanal deja entrar la última luz de un atardecer. A través del ventanal, el cielo. Intuimos que la sala se encuentra en un piso alto.

En una de las sillas está sentado Fernando Augé, un hombre de unos treinta y ocho años. Atractivo. Traje elegante y moderno. Delante de él, sobre la mesa, un maletín de ejecutivo.

Después de unos segundos, Fernando mira el reloj, saca del maletín un diario de información económica y comienza a hojearlo. Suena un móvil. Fernando lo saca del bolsillo y lo conecta.

FERNANDO *(hablando por el móvil):* ¿Sí?... Hola, chico. Ya estoy aquí. Estoy esperando... *(Por la puerta doble, entra Enrique Font. Fernando parece que no le ve.)* Hostia, ¿esta noche a cenar?... ¿Y por qué quedas sin decirme nada? No, no vendré. No lo sé, tú mismo... Paso de lamer el trasero a estos tipos por cuatro duros. Si hoy me va bien esto, se pueden ir a tomar por el culo... Si no me va bien, me suicido... Que no, que no vendré.

Fernando ve a Enrique.

FERNANDO *(hablando por el móvil):* Te tengo que dejar.

Fernando guarda el móvil. Enrique es un hombre regordete, que supera la cuarentena. También viste traje, pero no tan moderno como Fernando. Maletín de ejecutivo en la mano, un maletín más usado que el de Fernando.

ENRIQUE: Buenas tardes.
FERNANDO: Buenas tardes.
ENRIQUE: Me han dicho que la entrevista es aquí...
FERNANDO: Sí, a mí también.
ENRIQUE: ¿Usted es de la empresa...?
FERNANDO: No, no. Soy un candidato al...
ENRIQUE: Ah, yo también.
FERNANDO: Encantado.
ENRIQUE: Igualmente.

Se estrechan la mano. Enrique deja su maletín en la mesa. Hay unos segundos de silencio.

ENRIQUE: ¿Te han explicado alguna cosa?
FERNANDO: No. Nada.
ENRIQUE: Curioso, todo, ¿no?
FERNANDO: Sí.
ENRIQUE: Técnicas no convencionales.
FERNANDO: Eso parece.
ENRIQUE: Cuando me lo propusieron... No sé. No es... habitual. ¿Qué seremos, nosotros dos?
FERNANDO: No lo sé. Hay cuatro vasos.
ENRIQUE: Quizá son para los que nos entrevistarán.
FERNANDO: Quizá.
ENRIQUE: Eso de la entrevista conjunta es un poco... Como mínimo, original. Y más para un puesto de este nivel. Normalmente, es todo más confidencial.
FERNANDO: A mí, eso...
ENRIQUE: No, a mí también, sin embargo, vaya... Tú y yo no nos conocemos. Pero sería fácil que nos encontrásemos algún conocido.
FERNANDO: ¿Y qué?
ENRIQUE: Hombre, sería un poco violento.

Enrique se sienta. Unos instantes de silencio.

ENRIQUE: ¿Has venido en coche?
FERNANDO: Sí.
ENRIQUE: Yo también. Menudo tráfico, ¿no?
FERNANDO: Como cada día.
ENRIQUE: Yo ya he hecho tres entrevistas. No sé qué más quieren saber de mí. Y tú, ¿cuántas llevas?
FERNANDO: Tres.
ENRIQUE: Como yo. *(Enrique saca una cajita de caramelos.)* ¿Un mentolín?
FERNANDO: No, gracias.
ENRIQUE: No tenía muchas esperanzas de llegar hasta aquí. Vengo de una empresa pequeña, y eso es... Bueno, en eso de los muebles y el bricolaje, es la segunda del mundo.
FERNANDO: Una empresa es una empresa.
ENRIQUE: Sí, pero yo no he trabajado nunca en una multinacional. ¿Y tú?
FERNANDO: Yo he trabajado en muchos sitios.
ENRIQUE: Y las condiciones son increíbles. El sueldo es... Bueno, no sé qué debes ganar tú, pero yo casi doblaría... Tenía miedo de llegar tarde. Estaba en la Diagonal, atascado, y pensaba, ahora llegarás tarde y quedarás fatal. Estas cosas son importantes. A veces son los pequeños detalles los que hacen tomar una decisión. Yo he tenido que contratar gente y, al final, lo que me lleva a decidir son los pequeños detalles. La manera de vestir, cómo me han dado la mano... Y el coche. Siempre que puedo les acompaño hasta su coche. Un coche dice mucho de su propietario. A veces te encuentras un tipo que parece muy aseado y tiene el coche hecho una mierda.

FERNANDO: Tranquilo. No has llegado tarde.

Por la puerta doble entran Mercedes Degás y Carlos Bueno. Treinta y pocos. Mercedes viste un elegante traje chaqueta. Carlos, más informal, pantalones y americana sport, sin corbata. Pendiente en una oreja.

CARLOS *(a Mercedes):* Pasa, pasa.
MERCEDES: No, pasa tú.
CARLOS: Por favor.
MERCEDES *(sonriente):* ¿Por qué? ¿Porque soy una mujer?
CARLOS: Sí, porque eres una mujer.
MERCEDES: De acuerdo, paso. Pero no porque sea una mujer. *(A los otros.)* Buenas tardes.
FERNANDO y ENRIQUE: Buenas tardes.
CARLOS: Buenas tardes. *(Presentándose.)* Carlos Bueno.

Carlos ofrece la mano a Fernando.

FERNANDO: Fernando Augé.

Todos se estrechan la mano cuando se presentan.

MERCEDES: Mercedes Degás.
ENRIQUE: Enrique Font.

Todos se dan la mano con todos.

CARLOS: ¿Son ustedes quiénes nos harán la entrevista?
ENRIQUE: No, no, somos... entrevistados, también.
CARLOS: ¿Los dos? Nosotros también.
MERCEDES: ¿Y quién nos entrevista?
ENRIQUE: No lo sabemos, aún.

Mercedes y Carlos dejan las cosas.

MERCEDES: Tres hombres y una mujer. Como siempre.
CARLOS: El veinticinco por ciento. Políticamente correcto.
MERCEDES: Siempre tan gracioso, él.
ENRIQUE: ¿Os conocéis?
CARLOS: Estudiamos juntos.
MERCEDES: Bueno, yo estudié un poco más que él.
CARLOS: "La matrículas", la llamábamos. Lo tenemos crudo con ella.
ENRIQUE: Te lo dije. Era lógico que alguien se conociera.
CARLOS: ¿Y qué hemos de hacer, ahora?
FERNANDO: Esperar, supongo.
MERCEDES: ¿Nos harán le entrevista a los cuatro juntos?
CARLOS: Eso me dijeron a mí. Una entrevista conjunta con todos los candidatos.

Pausa.

ENRIQUE: ¿Habéis venido en coche?
CARLOS: Yo sí.
ENRIQUE: Menudo tránsito, ¿no?
CARLOS: Horroroso.
ENRIQUE: Suerte que tienen párquing, porque si no...
CARLOS: Sí, aquí, está imposible aparcar.
ENRIQUE: ¿También habéis hecho tres entrevistas, vosotros?
CARLOS: Yo sí.
MERCEDES: Yo también.
ENRIQUE: Y esta es la cuarta. Ya he pasado algunas veces por esto, pero nunca me habían hecho cuatro entrevistas. No sé qué más quieren saber de mí...

En una de las paredes laterales se abre una pequeña puerta. Se abre de arriba hacia abajo y se detiene al llegar a los cuarenta y cinco grados. Es como un buzón que, hasta ahora, había permanecido disimulado en la pared. Mercedes es quien se encuentra más próxima.

MERCEDES: Eh. Se ha abierto eso.

Un momento de silencio.

CARLOS: Pues mira a ver qué hay.

Mercedes lo mira.

MERCEDES: Un sobre y un cronómetro.
FERNANDO: ¿Un cronómetro?
MERCEDES: Digital.
CARLOS: ¿Pone algo, en el sobre?
MERCEDES: No. ¿Lo abro?
FERNANDO: ¿Y a mí qué me explicas? No lo sé.

Mercedes abre el sobre.

MERCEDES *(leyendo):* «Buenos días y bienvenidos. Como ya les avanzamos, esta es la última fase del proceso de selección para acceder al cargo de director comercial de Dekia. Ustedes son los últimos aspirantes. Sabemos que esta no es una prueba habitual. Seguimos el protocolo establecido por nuestra central de Suecia. Si en algún momento consideran que alguna de las propuestas que les haremos no es aceptable para ustedes, pueden abandonar el proceso. La puerta está abierta. Sin embargo, si salen de esta sala, sea por el motivo que sea, entenderemos que renuncian a continuar aspirando al cargo. La primera prueba es la siguiente. Les hemos dicho que son los últimos aspirantes, pero no son los últimos cuatro aspirantes. Solo hay tres auténticos aspirantes. Uno de ustedes es un miembro de nuestro departamento de selección de

personal. Junto con el sobre han encontrado un cronómetro. Tienen diez minutos para averiguar quién de ustedes no es un auténtico candidato. Por favor, pongan en funcionamiento el cronómetro. Es el botón de la derecha.» Y ya está.
CARLOS: Cojones.
ENRIQUE: A ver, un momento... O sea, que uno de nosotros no es...
CARLOS: Está muy claro.
MERCEDES: Y debemos averiguar quién es.
FERNANDO: Pensaba que esto sería una entrevista.
MERCEDES: Yo tengo que hacer alguna cosa con el reloj.
ENRIQUE: Hay un candidato que no es candidato. Y debemos descubrir quién es.
CARLOS: Eso ya lo hemos entendido.
ENRIQUE: Qué buena.
FERNANDO: ¿Buena?
ENRIQUE: La prueba. Descubrir quién miente. Es buena, porque, evidentemente, cuando hemos entrado, todos pensábamos que éramos iguales, que éramos candidatos, y ahora resulta que no.
MERCEDES: ¿Qué, lo pongo en marcha?

Mercedes aprieta el botón del cronómetro.

MERCEDES: Diez minutos.
ENRIQUE: A ver. Situémonos. Uno de nosotros no es... auténtico.

Pausa. Los cuatro se miran.

MERCEDES: O sea, que el entrevistador es uno de vosotros.
FERNANDO: Quizá eres tú.
MERCEDES: ¿Yo? No, yo no lo soy.
FERNANDO: Hay alguien que está fingiendo. Podemos ser cualquiera.
ENRIQUE: Tenemos diez minutos. No es mucho tiempo. Creo que es más rápido descartar que intentar descubrir directamente quién es el impostor.
FERNANDO *(irónico):* El impostor.
ENRIQUE: Hay una cosa que, de entrada, está clara. Vosotros dos os conocéis.

Mercedes y Carlos se miran.

CARLOS: Pero hacía tiempo que no nos veíamos.
ENRIQUE: Sin embargo si el candidato falso es uno de vosotros, lo podréis averiguar más fácil. Sabéis cosas el uno del otro. Sólo tenemos diez minutos. Os interesa descartar rápido, así tenéis una persona menos de quién preocuparos. ¿Qué decís?
MERCEDES: Un momento. Déjame pensar.
CARLOS: Lo que sé de Mercedes es de hace tiempo, tampoco es...
MERCEDES: Espera, Carlos. Antes de decir nada, piensa.
CARLOS: ¿Qué quieres que piense?
MERCEDES: Sólo somos cuatro.
CARLOS: Sí, ¿y qué?

MERCEDES: Nada. Piensa en lo que nos han pedido. Se trata de ver quién es capaz de descubrirlo y quién no es capaz.
CARLOS: Ah, ya.

Carlos mira a Fernando y Enrique.

FERNANDO: No nos dirán nada.
ENRIQUE: ¿Por qué?
FERNANDO: Porque si saben alguna cosa, la saben, y lo que no harán es decírnosla a nosotros, porque nos darían una ventaja que no tienen ningún necesidad de darnos. Es lo que yo haría.
ENRIQUE: No lo entiendo.
FERNANDO: Coño, que estamos compitiendo entre nosotros. No te darán ninguna información que no los interese dar. No, en realidad, la cosa tiene su qué. No se trata sólo de averiguar quién está fingiendo, sino también de hacer que los demás se equivoquen, porque si los tres adivinamos quién es el falso ya me dirás tú de qué sirve la prueba. Todo el mundo gana, y entonces ¿qué?
ENRIQUE: El papel dice que hemos de averiguar quién es el falso. No dice que tengamos que competir entre nosotros.
FERNANDO: Hombre, eso está claro. No hace falta decirlo. Somos tres y sólo hay un puesto. Estamos compitiendo.
MERCEDES: No, él tiene razón. Bien pensado, lo que debemos hacer es colaborar.
CARLOS: ¿Colaborar?
MERCEDES: Sí, créeme. Yo no había visto a Carlos desde la última cena de Esade... Hace dos o tres años.
CARLOS: Dos.
MERCEDES: Y entonces trabajaba en un laboratorio farmacéutico.
CARLOS: Y aún trabajo.
MERCEDES: Es verdad. Encontré un compañero hace poco y me lo dijo. Por lo tanto, él no puede ser.
CARLOS: Y tú, Mercedes, estabas en una empresa de *consulting.* Pero no recuerdo cuál era...
MERCEDES: ICR.
CARLOS: ¿Aún trabajas allí?
MERCEDES: No, ahora estoy en un banco. Y no os diré cuál, si no os importa.

Unos segundos de silencio. Fernando y Enrique valoran las palabras de Mercedes y Carlos.

FERNANDO: ¿Lo ves?
ENRIQUE: ¿Qué?
FERNANDO: Que eso no nos sirve de nada. Pueden estar mintiendo los dos. Si uno de ellos es el falso, ha mentido, y el otro, si lo sabe, no nos dirá que miente, porque ya sabe quién es el falso y no tiene ninguna necesidad de revelarlo.
ENRIQUE: Hostia, qué difícil.
FERNANDO: Ellos ya han explicado su situación laboral, les podemos creer o no. Ahora, explicamos nosotros la nuestra y así estaremos los cuatro igual.

MERCEDES: Me parece que te equivocas. Esta prueba no es para descubrir quién es el más listo, sino para evaluar nuestra capacidad de trabajar en equipo. Confiemos los unos en los otros. Trabajemos juntos para descubrir quién es el falso.
FERNANDO: Muy bonito. Pero como el falso no dirá que es falso, no podemos trabajar juntos. No nos podemos fiar los unos de los otros.
CARLOS: A mí me parece bien lo que has dicho... tú.
FERNANDO: Fernando.
CARLOS: Eso, Fernando. Explicad de dónde venís vosotros dos.
ENRIQUE: Yo soy director comercial de una empresa de alimentación.
FERNANDO: ¿De cuál?
ENRIQUE: Ella no ha dicho en qué banco trabaja.
FERNANDO: Fantástico. Pues yo también soy director comercial. De un laboratorio. Y por eso me extraña no conocerte *(por Carlos).* Yo trabajo en Disfarma, no tengo ningún problema en decirlo. ¿En qué laboratorio trabajas tú?
CARLOS: Pues yo tampoco lo quiero decir. Y mucho menos ahora que sé que tú trabajas en el mismo sector.
MERCEDES: Yo sé dónde trabaja. Y dice la verdad.
FERNANDO: ¿Y cómo puedo saber que tú dices la verdad?
MERCEDES: ¿Por qué debería mentir?
FERNANDO: Lo acabo de decir, porque si tú sabes que él trabaja aquí, mantendrás su historia del laboratorio, porque no te interesa darnos ventajas.
MERCEDES: Si no quieres, no me creas, pero nos interesa actuar en equipo. Lo importante es que los tres auténticos colaboremos para encontrar... al impostor, como dice él. Mentir iría en contra mía.
FERNANDO: Pues di en qué banco trabajas, no nos lo ocultes. Mentir va en contra tuya, ¿no?

Mercedes valora qué hacer.

CARLOS: Yo trabajo en Rawental. Antes no lo he dicho porque... Porque no. Pero creo que es mejor que nos vayamos descartando, como dice él.
FERNANDO: ¿En Rawental? ¿Desde cuándo?
CARLOS: Cinco años.
FERNANDO: ¿Conoces a Félix Garrido?
CARLOS: Nnnno, ¿quién es?
FERNANDO: ¿Y a Laura... Laura Sánchez?
CARLOS: Conozco una Laura Vázquez.
FERNANDO: Sí, tienes razón. Se llama Laura Vázquez.
CARLOS: ¿Quién es Félix Garrido?
FERNANDO: Mi primo. Capitán de marina mercante. ¿Cuánto llevamos?

Mercedes mira el cronómetro.

MERCEDES: Cuatro, casi.
FERNANDO: Pues vamos descartando. Para mí,... Carlos es auténtico.
ENRIQUE: Sí, pero tú puedes estar haciendo lo que has dicho antes que haría ella. Quizá sabes que miente y le sigues la corriente para que nosotros

nos equivoquemos.
Fernando: Si yo le sigo la corriente, ella también.
Carlos: Yo no miento y nadie me sigue ninguna corriente, pero tú... Mira, lo siento, pero yo conozco al director comercial de Disfarma, y no te pareces en nada.
Fernando: ¿Y quién es el director comercial?
Carlos: Dímelo tú.
Fernando: Víctor Dunsberg.
Carlos: Pero tú has dicho que eres...
Fernando: Director comercial, pero de la delegación de Gerona.
Carlos: No le conozco, al de Gerona.
Fernando: Ya no lo puedes decir.
Enrique: Y ahora podéis estar mintiendo los dos.
Fernando: ¿Y ella también?
Enrique: Si ella ha mentido, tú también mentirás.
Fernando: Si ella ha mentido, es su problema. ¿Por qué debo mentir yo, si miente ella?
Enrique: Porque te unes a su mentira, para engañarme a mí.
Mercedes: Yo no he dicho ningún mentira. Nadie se puede unir a una mentira que no he dicho.
Enrique: Quizá no, quizá no has dicho ninguna mentira, pero si él *(Fernando)* se ha dado cuenta de que él *(Carlos)* miente, creerá que tú también has mentido y se añadirá a tu mentira aunque no sea mentira.
Fernando: Oye.., ¡te estás liando!
Enrique: No, señor. Si él *(Carlos)* no es el que ha dicho que es, y vosotros sabéis que miente, me mentiréis a mí para mantener la mentira.
Fernando: No pienses tanto, que ya se ve que no estás muy acostumbrado.
Enrique: Estoy intentando aclararme.
Fernando: Ya te lo aclaro yo. Si yo mintiese, si yo fuese el impostor, ya sabría que él trabaja en un laboratorio, porque hemos hecho unas cuantas entrevistas para llegar hasta aquí. Hemos dado nuestro currículo. Si yo fuese de la empresa, lo sabría todo de él y me habría buscado una historia diferente, no que trabajo en un laboratorio, porque a la primera de cambio él podría descubrir que miento.

Los otros tres se miran.

Enrique: Me lo puedes repetir?
Fernando: Que Carlos me pregunte lo que quiera sobre el trabajo.
Carlos: No, no hace falta perder el tiempo. Yo le creo. Debéis ser uno de vosotros dos. Tú, Mercedes, eso del banco, me mosquea. Alguien me lo habría comentado.
Mercedes: Es posible. Sin embargo, por la misma razón, si trabajase aquí, también te lo habría comentado alguien.
Carlos: Pues tienes razón…
Mercedes: Pero ya que nos estamos sincerando... Trabajo en el Banco del Mediterráneo y soy directora de la sección de márqueting.
Carlos: ¿Desde cuándo?
Mercedes: Medio año.
Carlos: Medio año. ¿Y ya quieres cambiar?

MERCEDES: Sí, ¿pasa algo?
CARLOS: No, nada.
FERNANDO *(por Enrique):* Faltas tú.
ENRIQUE: Ya lo tengo. Ya lo tengo... Estamos haciendo el... Nos están tomando el pelo.
FERNANDO: ¿Ellos dos?
ENRIQUE: No. Nos hemos creído que hay un candidato falso porque nos lo han dicho, pero lo que me parece es que los cuatro somos candidatos reales y que no hay ningún impostor.
CARLOS: Entonces para qué sirve esta comedia.
ENRIQUE: Pues para eso, para ver si somos capaces de darnos cuenta de que nos están engañando. En los Estados Unidos, este tipo de pruebas son habituales en los procesos de selección. Te plantean problemas, enigmas, para ver si eres capaz de visualizar situaciones desde una óptica nueva. Aquí, de lo que se trata es de que todos creamos que el problema es que hay un candidato falso, que alguien de los que estamos aquí está engañando a los demás cuando, en realidad, los que nos han engañado, de entrada, son ellos.
CARLOS: No. Y por una razón muy sencilla. No tiene ningún sentido que nosotros estemos aquí intentando demostrar nuestra perspicacia, si no hay nadie que lo valore.
ENRIQUE: ¿Cómo que no hay nadie? Nos están valorando desde fuera. Seguro que hay micrófonos y nos están oyendo. O cámaras, incluso.
CARLOS: ¿Cámaras?
ENRIQUE: Se deja a los candidatos en una situación en la que creen que están solos y se observa cómo actúan.
CARLOS: ¿Y dónde están las cámaras?
ENRIQUE: No lo sé. Pueden estar escondidas en cualquier lugar. En las lámparas... Yo qué sé. Hay mil maneras.

Los cuatro miran la sala.

CARLOS: ¿Queréis decir...?
FERNANDO: Mira, lo que dices suena tan bien que no me lo creo. Tú eres el candidato falso. Eres el único que no nos has dicho dónde trabajas. Y este conocimiento tan completo sobre este tipo de pruebas me demuestra que formas parte del equipo de selección.
MERCEDES: Sí, estoy contigo. Además, ha sacado este razonamiento cuando ya estaba acorralado. Cuando ha visto que nosotros tres ya estábamos descartados y él tenía todos los números, nos sale con la historia esta de que nos están engañando.
CARLOS: No lo sé. A mí, lo que ha dicho me cuadra. Que se explique un poco más.
FERNANDO: Primero que nos diga cuál es la empresa de alimentación donde trabaja.
ENRIQUE: No os lo diré.
CARLOS: ¿Por qué?
ENRIQUE: Porque no quiero. No lo encuentro necesario.
CARLOS *(a Mercedes):* ¿Tiempo?
MERCEDES: Nos quedan dos minutos y... medio.

CARLOS: No nos lo quiere decir porque está convencido de que tiene razón, y como antes decía Fernando de nosotros dos, no dirá nada más que nos pueda ayudar. Si nos dijese dónde trabaja y fuera creíble, todos nos apuntaríamos a su solución, y quiere ganar él solo. Por lo tanto, yo creo que ha acertado. Los cuatro somos auténticos.
FERNANDO: Mira, no. Además, cuando ha entrado, antes de que llegaseis vosotros, estaba muy preocupado porque le sorprendía el sistema de selección. Sistemas no convencionales, me ha dicho. Y después ha empezado a enrollarse sobre cómo había elegido él a sus empleados... Me ha extrañado su actitud desde el principio.
ENRIQUE: ¿Qué actitud?
FERNANDO: Has dicho no sé qué de que este sistema era extraño, de la confidencialidad... como si te pusieses en contra. Si fueses un candidato auténtico harías como nosotros: una entrevista conjunta, ningún problema. ¿Me entendéis qué quiero decir? No es normal.
ENRIQUE: Lo que no es normal es lo que dices tú.
FERNANDO: Eres tú, compañero. Ahora lo tengo clarísimo.
ENRIQUE: Podría daros un montón de razones para convenceros de que tengo razón, pero no lo haré. Si os queréis equivocar, allá vosotros...
FERNANDO: Nos podría dar un montón de razones, pero no nos las da.
ENRIQUE: Porque no quiero. Y hasta he sido demasiado buena persona. Debería haber esperado a que pasasen los diez minutos, que la cagaseis, y después dar la solución.
FERNANDO: ¿No decías que teníamos que colaborar?
MERCEDES: Nos queda... nada. Debemos decidirnos.
CARLOS: Yo estoy con él. Los cuatro somos auténticos.
ENRIQUE: Yo, ya lo sabéis.
FERNANDO: Yo digo que es él.
ENRIQUE: Enrique Font, para servirle.
FERNANDO: No creo ni que te llames así. Faltas tú.
MERCEDES: Yo no lo sé. No estoy segura.
CARLOS: No dudes tanto. No queda bien. Nos están observando.
MERCEDES: Pues venga, yo también digo que es Enrique.

Pausa.

FERNANDO: Y ahora, qué?

Se abre la pequeña puerta.

CARLOS: Ahora lo sabremos. Mercedes, si quieres hacer los honores… Y no porque seas una mujer…

Mercedes va a buscar lo que hay dentro del buzón. Saca un sobre y un cenicero.

MERCEDES: Enrique Font. En el sobre está tu nombre.

Enrique va a buscar el sobre y lo abre. Lo lee sin decir nada.

FERNANDO: Lee en voz alta, hombre.
ENRIQUE: No, no puedo.

Enrique acaba de leer y vuelve a introducir el sobre en el buzón. El buzón se cierra.

MERCEDES: Qué, ¿quién tenía razón?
CARLOS: ¿Qué ponía?
ENRIQUE: Quien quiera fumar, puede fumar.

Mercedes pone el cenicero en medio de la mesa. Enrique se sienta. Se pone las manos en la cabeza, pensativo. Los otros le miran.

FERNANDO: ¿Quién ha ganado?
ENRIQUE: No lo ponía.
MERCEDES: ¿No ponía nada?
ENRIQUE: De eso, no.
CARLOS: Por lo tanto, él y yo teníamos razón. Todos somos auténticos. Me parece que vosotros dos vais perdiendo. ¿Qué hemos de hacer, ahora?

Enrique aún tiene las manos en la cabeza. Parece muy preocupado.

ENRIQUE: No lo sé.
CARLOS: ¿Qué ponía en el papel?
ENRIQUE: Me piden... No sé qué debo hacer...
MERCEDES: ¿No lo sabes? ¿No lo has entendido?
ENRIQUE: Sí, sí que lo he entendido.
CARLOS: ¿Y qué?
ENRIQUE: Venga, intentaré... intentaré explicarlo bien. *(Una pequeña pausa.)* Creo que en una empresa lo más importante es obtener resultados y que eso está por encima de cualquier otra consideración.
CARLOS: ¿Y?
ENRIQUE: Pero también creo que en las grandes empresas, en las buenas empresas, también se ha de velar por lograr una dimensión humana, para conseguir que los empleados se sientan orgullosos de trabajar. Eso es lo que creo.

Unos segundos de silencio.

FERNANDO: Estoy completamente de acuerdo. Y, además, cuando una empresa sabe tener en cuenta el bienestar de los empleados, eso se refleja en unos mejores resultados.
ENRIQUE: Déjame acabar, por favor.
FERNANDO: Pensaba que ya habías acabado y que debíamos hacer comentarios.
ENRIQUE: No. A ver... Quizá no he comenzado bien. No, sí que he comenzado bien. Eso debía quedar claro antes de que... Lo que os voy a explicar... La verdad es que no sé... Bueno, es igual. El año pasado me separé de mi

mujer. No me lo esperaba. No me lo esperaba de ninguna manera. Y entré en una depresión.
CARLOS: ¿Qué dices?
MERCEDES: Déjalo.
ENRIQUE: Mi mujer se dio cuenta... Bueno, el motivo es igual. Tengo dos hijos pequeños y ella se los llevó. La separación fue difícil. Como todas, supongo. Pero llegó a un punto en que me hundí. No digo que que no sepa soportar la presión, pero sucedieron muchas cosas que no me esperaba. Me sentí como... culpable. Era una sensación... Tenía la sensación de que estropeaba todo lo que tocaba. Porque yo... mi mujer y yo éramos felices. Sinceramente. Ya sé que todo el mundo dice lo mismo, pero en nuestro caso es verdad. Lo éramos. Ella misma me lo ha reconocido. El caso es que, de repente, me encontré solo en un piso de alquiler, sin... Yo tengo pocos amigos. No podía hablar con nadie y me fui cerrando.
FERNANDO: Perdona, pero antes de que continúes esta bonita historia, ¿nos podrías decir a qué viene este psicodrama?, por situarnos, más que nada.
ENRIQUE: Enseguida lo sabrás. Antes os quiero explicar otra cosa. ¿Conocéis el mundo de los chats? Internet y eso... Bien, comencé a meterme. Para hablar con alguien. Un día quedé con una chica. Del chat, quiero decir. Nos vimos un día, para tomar un café y muy bien... Era... Era muy guapa. Hablamos. Yo, hacía tiempo que no podía hablar con nadie. Volvimos a quedar otro día y la llevé a mi casa. Yo estaba... Tenía ganas de... No es que tuviese ganas de... Lo que quiero decir es que estaba hecho polvo. Cuando fuimos al piso, sacó una pistola y me amenazó.
MERCEDES: ¿Una pistola?
ENRIQUE: Sí, y entonces vino un hombre. Me robaron todo lo que tenía en casa.
CARLOS: Nos estás tomando el pelo, ¿verdad?
FERNANDO: Hace rato.
ENRIQUE: Después me llevaron a un par de cajeros y sacaron todo lo que pudieron de las tarjetas. Es la primera vez que lo explico, porque quiero que entendáis que yo creo que fue eso lo que me acabó de rematar. A partir de ahí perdí el control.
FERNANDO: Perdiste el control, ¿de qué? ¿De qué coño habla?
CARLOS: ¿Y yo qué sé?
ENRIQUE: Empecé a encontrarme mal. El médico me quería dar la baja, pero no quise cogerla. Estábamos a punto de abrir una fábrica en el extranjero y llevaba dos años trabajando en la apertura del nuevo mercado en... en este país extranjero. El caso es que quizá debería haber hecho caso del médico porque mi rendimiento bajó, lo reconozco, tomé decisiones... debía tomar muchas decisiones, debía invertir el presupuesto que tenía, todo el mundo tenía prisa y la dirección confiaba en mí... Me equivoqué. Me asocié con una empresa local y... bueno, la cosa no fue tan bien como estaba previsto. Creía que si me centraba en el trabajo, eso me ayudaría a superar mis problemas personales, pero no. Fue peor. Total, que ahora parece bastante difícil enderezar la situación y la empresa está pensando en... Yo, hasta ahora, en otros proyectos había logrado muy buenos resultados y mi valía profesional está fuera de duda, por lo menos eso es el que dicen ellos, pero las cosas han ido como han ido y es natural que, ante esta situación, mis jefes deban tomar una decisión sobre mí, sobre

mi futuro. Y ahora llego a lo que os interesa. Lo que me han pedido es que seáis vosotros quienes toméis esta decisión, que penséis como si fueseis mi empresa. Debéis decidir si continúo en el proyecto del extranjero, si me asignáis una nueva línea de trabajo o si, sencillamente, prescindís de mí, me despedís.
Carlos: ¿Nosotros?
Enrique: Sí.
Mercedes: ¿Eso es lo que te han pedido?
Enrique: Sí.
Carlos: Pero, ¿es un caso teórico o real?
Enrique: ¿Qué diferencia hay?
Fernando: Es que yo, amigo, aún no tengo claro si tú eres un candidato al puesto o eres de aquí o qué coño eres.
Mercedes: Muy bien. De acuerdo. Juguemos. Pero con lo que has explicado no tenemos suficientes elementos para tomar ninguna decisión.
Enrique: Preguntad.
Fernando: No entiendo nada. Este sistema de selección es la polla. Con perdón.
Carlos: Comienzo. ¿Por qué te dejó tu mujer?
Enrique: No contestaré a eso.
Carlos: ¿No has dicho que preguntemos?
Enrique: Sí, pero sólo contestaré lo que quiera.
Carlos: Si empezamos así, malo.
Enrique: El motivo por el que me dejó no es relevante.
Carlos: A ver... Somos nosotros los que debemos tomar la decisión, ¿no? Por lo tanto somos nosotros quienes debemos determinar lo que es relevante y lo que no lo es.
Enrique: Ya os he explicado suficientes miserias de mi vida.
Fernando: En eso tienes razón. La historia esta de la titi del chat da pena, chico.
Mercedes: Pongámonos en el papel. Juzguemos el caso desde un punto de vista profesional.
Carlos: Eso es lo que intento, y por eso pregunto lo que pregunto. Como directivo de tu empresa, que es lo que soy ahora, me parece que te debo hablar con claridad. Si no quieres contestar, no contestes, no te puedo obligar, pero si te interesa conservar tu puesto te aconsejo que seas mínimamente sincero, porque si no colaboras te vas a la calle de inmediato y me importa una mierda la indemnización que te tenga que dar. ¿Te ha quedado claro?
Fernando: Venga, juguemos. Pero de hecho, él tiene razón. No veo para qué nos servirá saber por qué le dejó su mujer. Quizá se fue con otro o estaba harta de vivir con un tipo tan insípido o se ligó un negro... o lo que sea. Ya me dirás tú de qué nos servirá saberlo.
Carlos: A mí sí que me servirá. Quiero conocer las causas de su situación personal, porque estos conflictos, según cómo evolucionan, tienen una traslación directa al rendimiento laboral.
Fernando: Que bien que hablas. Se nota que has estudiado en la privada.
Enrique: Mi mujer descubrió que había tenido una... aventura.
Fernando: ¿Tú?
Enrique: Sí.

FERNANDO: Ahora sí que no me creo nada.
MERCEDES: Tanto da, si es verdad o no. Debemos trabajar con los elementos que él nos dé.
CARLOS: ¿Con quién tuviste esa aventura?
ENRIQUE: Con una comercial de la empresa.
FERNANDO: Por mí no es preciso que hablemos más. Le ponemos de patitas en la calle y a tomar por el saco.
MERCEDES: No es tan fácil. Él es bueno. Hasta hace poco siempre ha trabajado bien. ¿Es eso, no?
ENRIQUE: Yo creo que sí.
MERCEDES: Si lo despedimos, quizá nos costará Dios y ayuda encontrar una persona con su perfil. No nos debemos precipitar.
FERNANDO *(irónico):* Como usted quiera. No nos precipitamos.
CARLOS: Y la aventura esa con la comercial, qué, ¿se ha acabado o aún dura?
ENRIQUE: Se acabó hace meses.
CARLOS: Muy bien. Mejor. Y la separación de tu mujer, ¿la tienes superada o no la tienes superada?
ENRIQUE: No lo sé. Pienso mucho en ella, aún.
FERNANDO: Piensa mucho en ella... Escuchad, me sabe muy mal que el amigo se haya separado, sin embargo, sinceramente, para el caso que nos ocupa, me importa un rábano. Se lió con una niña de la empresa, la mujer lo supo y le plantó. Qué le vamos a hacer. Es la vida. Le cogió una depresión y comenzó a hacer el idiota y a pasar del trabajo. Lo siento. Por mí, el motivo por el que él pasa del trabajo me lo paso yo por el forro de los cojones. Lo que cuenta es que este desgraciado se ha quedado colgado y no seguiremos aquí perdiendo cuartos esperando que baje del árbol. Finiquito y a otra cosa.
MERCEDES: ¿Y si le damos unas vacaciones?
FERNANDO: ¿Vacaciones? ¿Ahora que estamos abriendo mercado en... no sé dónde? Este pamplinas la ha cagado hasta al fondo. Le puso cuernos a su mujer y ella le pilló. Eso ya quiere decir que no es muy hábil. Nos ha desgraciado una inversión de cojones y encima le quieres dar vacaciones. ¿Qué somos nosotros, Cáritas Diocesana?
MERCEDES: Acepto que lo mejor, en estas circunstancias, es que su trabajo lo haga otro, pero una vez haya superado su depresión, lo podemos repescar. Es un ejecutivo valioso. Nos ha hecho ganar dinero, antes. Creo que merece una oportunidad.
FERNANDO: Para mí, ni oportunidades ni puñetas. O funcionas o no funcionas. La vida es así.
MERCEDES: Todos pasamos malos momentos, si nos echasen a la calle cada vez que tenemos una crisis personal, sólo trabajarían las máquinas.
FERNANDO: Habla por ti. Yo no he padecido ninguna crisis de estas. Y si tengo un mal día, en el trabajo ni se nota. Cuando llegas al despacho debes hacer como los payasos de circo, pintarte la cara que toque, de simpático o de hijo de puta, y tirar adelante. Quien no sabe hacer eso, no sirve.
MERCEDES: ¿Diriges un equipo de trabajo, tú?
FERNANDO: Sí, claro.
MERCEDES: Te deben apreciar mucho.
FERNANDO: Me la trae floja. Que aprecien a sus mujeres, sus hijos y sus

amantes. A mí, mientras cumplan los objetivos, si quieren, que me hagan vudú por las noches.
Carlos: Escuchémoslo a él. A ver... Esa comercial, ¿cómo era?
Enrique: ¿Cómo era?
Carlos: Sí, qué tenía, por qué te liaste con ella.
Enrique: Hombre...
Fernando: Qué tenía... Pues un culo y dos tetas, como todas las tías. ¿Qué clase de preguntas son estas?
Carlos: Son mis preguntas.
Fernando: ¿Y por qué no le preguntas qué desodorante hacía servir esa tía? También debe tener una traslación directa al rendimiento laboral.
Carlos: Lo que quiero saber es si aún la tienes en la cabeza... Tú, ¿cómo te ves? ¿Estás bien? ¿Te sientes recuperado?
Enrique: Un poco.
Carlos: En nuestro lugar, qué harías.
Enrique: No se trata de eso.
Carlos: Sí que se trata de eso. Si fuera yo quien hubiese explicado esta historia, ¿qué decisión tomarías?
Enrique: Aquí cada uno tiene su papel. A mí no me toca ese, ahora.
Mercedes: Sin embargo, por lo menos, lucha. Debemos decidir si te quedas o qué, y muestras una actitud de tanto se me jode todo que... Parece que tengas ganas de que te despidamos. ¿Quieres quedarte en la empresa, o no?
Enrique: Sí.
Fernando: Menudo entusiasmo...
Carlos: Mercedes tiene razón. Tendrías... No sé... Dinos que lo estás superando, que tu vida personal no volverá a interferir en el trabajo... Yo qué sé. Defiéndete.
Enrique: A ver... Os he explicado mi situación con toda la sinceridad de la que he sido capaz. Ya me he defendido. A mi manera.
Fernando: Pues para mí tu manera es una mierda de manera. ¿Sabes qué me gustaría? Que esto no fuera un juego, que te pudiese despedir de verdad, por sinvergüenza. Te aseguro que me sentiría muy a gusto... Un momento. Esperad... Cuando hemos llegado, me ha dicho que él no había trabajado nunca en una multinacional y ahora nos larga una historia de que la empresa donde trabaja estaba abriendo un nuevo mercado en el extranjero. Total, o miente ahora o mentía antes o las dos veces.
Enrique: No he mentido. Nunca he trabajado en una multinacional. Mi empresa es la primera vez que abre un mercado en el extranjero.
Fernando: Sí, hombre. Ahora arréglalo. Yo tenía razón desde el principio. Él es de aquí, de la empresa.
Enrique: Te aseguro que no.
Fernando: ¿No lo veis? Sin embargo, vaya, no tengo ningún problema en continuar el juego. Debemos decidir si después de esta historia tan ejemplar que nos ha explicado, le despediríamos. Pues, yo sí. Le despediría. Y sin ningún remordimiento. Una cosa es el trabajo y otra los problemas que puedas tener en casa. Si lo mezclas, la has cagado. Y se acabó.
Enrique: Antes me habéis preguntado qué haría yo en un caso como el mío. La verdad es que no lo sé, pero una vez hube de tomar una decisión

parecida. La situación no era exactamente igual, pero era un buen comercial que estaba pasando una depresión. Le despedí. Le dije que cuando lo hubiese superado me viniese a ver, pero no volvió. Le llamé al cabo de un tiempo pero había cambiado de domicilio. No he sabido nada más de él.
FERNANDO: ¿Por qué querías que volviera contigo, para volver a deprimirse?
CARLOS: Oye, si piensas que es quien nos ha de seleccionar, te estás pasando un poco con él, ¿no?
FERNANDO: No, hombre, no, a esta gente les va la marcha.
ENRIQUE: No sabes lo que te equivocas...
MERCEDES: Una pregunta. Todos estos problemas que tenemos en este nuevo mercado, ¿te ves con ánimos de poderlos arreglar?
ENRIQUE: Me parece que sí. Debemos cortar las relaciones con nuestros socios, aunque nos cueste dinero y llevar directamente todo el proyecto. Al principio todos pensábamos que trabajar con gente de allá, que conociese el mercado, era el sistema ideal, pero fue un error. Nuestro producto es bueno. Los batidos de... Lo que quiero decir es que casi no tenemos competencia. Hay que enviar un grupo de gente que trabaje sobre el terreno, y yo estoy dispuesto a trasladarme allí y a coordinarlo el tiempo que haga falta.
CARLOS: ¿Y tus hijos?
ENRIQUE: Los encontraré a faltar. Pero también pienso que, personalmente, me irá bien alejarme un tiempo de aquí.
MERCEDES: Mira, a mí me ha convencido. Que se quede y continúe el trabajo.
FERNANDO: ¿Que se quede?
MERCEDES: Él es quien conoce mejor el proyecto. Además, hay otra cosa, de cara al resto de los ejecutivos, daríamos una pésima imagen si despidiésemos a alguien por motivos personales. Creo que es mejor darle apoyo.
CARLOS: Venga, yo también, que se quede.
FERNANDO: ¿Y a eso le llamáis tomar decisiones de manera profesional? ¡No jodamos!
CARLOS: Y siempre podemos enviar con él a alguien de confianza para que colabore.
FERNANDO: Demasiado riesgo. Demasiadas complicaciones por un tipo que la ha cagado.
MERCEDES: Es buena idea. Enviamos alguien con él, que se familiarice con el proyecto, y si vemos que la cosa no funciona, siempre estaremos a tiempo de hacerlo volver y ya tendremos allí a alguien preparado.
CARLOS: A él le damos una salida y nos cubrimos las espaldas.
FERNANDO: Es un gasto inútil... Yo... Yo le despediría, pero sois dos contra uno. Ganáis. La democracia es eso, ¿no?
MERCEDES: Decidido. No te despedimos.
ENRIQUE: ¿Lo tenéis claro?
CARLOS: Sí.

Enrique cierra los puños en señal de victoria.

ENRIQUE: Ha sido más fácil de lo que pensaba. Debía lograr que no me despidierais. La prueba era esta. Era para mí.

Fernando: ¡Será cabrón!
Carlos: La historia esta, eso de tu mujer y la separación ¿es verdad o no?
Enrique: Sí.
Carlos: ¿Es lo que te ha pasado en la empresa esta de alimentación donde trabajas?
Enrique: Sí.
Mercedes: Y ellos ¿qué han hecho, te han despedido?
Enrique: Me han dado vacaciones. Y yo las estoy aprovechando.
Fernando: Y eso de la mujer del chat, ¿también te ha pasado de verdad?
Enrique: Sí y no. He exagerado un poco. Era una mujer que solo quería dinero, pero no me atracó ni nada. Sólo lo he dicho por... Me ha parecido que serviría para ablandaros un poco. Os lo digo de verdad, estoy alucinando con el sistema de selección que estamos siguiendo. Lo encuentro genial. Felicidades a quien se deban dar.
Fernando *(bajo):* Además de cabrón, pelota.
Enrique: ¿Qué dices?
Fernando: Nada, nada.
Carlos: Ahora se volverá a abrir la puertecita, supongo.
Enrique: En una empresa americana hicieron una prueba muy curiosa. Reunieron los aspirantes en una sala, igual que a nosotros, esperando para pasar una entrevista y, de repente, empezaron a sonar las alarmas de incendio. Ellos lo filmaban todo y analizaban las reacciones de la gente.
Fernando: Y ¿qué esperaban que hiciese, la gente? Pues empezar a correr, como todos.
Enrique: A veces simplemente los dejan en una sala un buen rato y observan cómo interactúa el grupo. Dicen que las personas que tienen cualidades de liderazgo las demuestran en cualquier situación, incluso en una situación donde no pasa nada especial. Son los que inician las conversaciones, los que se presentan a los demás... Estas cosas.
Fernando: Por eso te hacías tanto el simpático cuando has llegado. ¿Estabas demostrando tus capacidades de liderazgo? Lo has hecho muy bien. Deben haber quedado impresionados por tus comentarios sobre el tránsito. Yo, con todo el respeto, creo que estos sistemas... pero bueno, ya que estamos en eso...
Enrique: Eh, que te están escuchando.
Fernando: Mejor. A ver, haré lo que me pidan, pero eso no quiere decir que me guste. Si son realmente buenos, valorarán mi sinceridad. Funcionan así. Os lo digo yo, los psicólogos estos son... Les va la caña, y los que trabajan para empresas, aún más. Encerrados en su despachito sin nada más que joder que meterse en las vidas de los empleados. Hurgando, siempre hurgando. Y si uno tiene la desgracia de tener un mal día... porque el niño le ha suspendido las matemáticas, o porque le han robado el coche, o porque le ha dejado la mujer o por lo que sea, comienzan a jorobarte, intentando ayudarte, intentando que no caigas en una depresión que podría afectar a tu rendimiento laboral y continúan hurgando y hurgando hasta que logran que saques todo lo que llevabas dentro y cuando lo sacas, los muy hijos de puta te lo ponen delante de de las narices y ves que sólo eres una mierda y entonces te coge la depresión de verdad y ellos contentos porque ya intuían que tú estabas a punto de caer en una depresión. Es eso lo que hacen, ¿no?

ENRIQUE: ¿Y yo qué sé? ¿Qué te pasa conmigo?
FERNANDO: A mí, nada.
ENRIQUE: Debes haber tenido alguna mala experiencia con psicólogos.
FERNANDO: ¿Alguien ha tenido una buena?
CARLOS: Estás nervioso, porque has perdido las dos pruebas.
FERNANDO: No sé quién ha perdido. Al final cogerán a este y vosotros dos os quedaréis con cara de idiota.
ENRIQUE: ¿A mí? ¿No dices que soy de la empresa, yo?
FERNANDO: Mira, yo ya no digo nada más.

La pequeña puerta se abre.

MERCEDES: Eh.

Enrique se acerca a mirar.

ENRIQUE *(sin dar crédito):* No os lo vais a creer...

Saca cuatro sombreros. Un sombrero de torero, uno de payaso, un sombrero de copa y una mitra de obispo.

ENRIQUE *(saca un sobre del buzón; lo lee):* «Pónganse un sombrero cada uno, después abran el sobre.»
FERNANDO: ¿Nos debemos poner estos sombreros?
ENRIQUE *(mostrando el sobre):* A mí no me mires.
FERNANDO: Por favor...
CARLOS: Pero, ¿por qué?
ENRIQUE: Eso es lo que debe explicar el sobre, pero primero nos los hemos de poner. MERCEDES: ¿Cualquiera?
ENRIQUE: Eso parece.
FERNANDO: Surrealista. Lo encuentro surrealista.
ENRIQUE: Bueno... No nos lo pensemos más.

Enrique coge el sombrero de copa y se lo pone. Mercedes coge el de payaso. Carlos, el de torero. A Fernando le queda el de obispo. Sin mucho entusiasmo, lo coge y se lo pone. Se miran, cada uno con su sombrero puesto.

FERNANDO: Os pido un favor. Si algún día nos encontramos fuera de aquí, hagamos como si esto no hubiese pasado nunca.
ENRIQUE: Leo. *(Enrique abre el sobre y lee.)* Ah, muy bueno. Yo ya he jugado a eso.
FERNANDO: Venga, por favor…
ENRIQUE: «Ustedes son los únicos ocupantes de un avión en llamas que está a punto de estrellarse. Un payaso, un torero, un obispo y un político. Sólo tienen un paracaídas. Deben defender delante de sus compañeros por qué su personaje es el que merece utilizar el paracaídas y salvarse.» Está muy bien. Yo jugué en una convención.
CARLOS: Parece uno de aquellos chistes de un francés, un alemán y un español...

Enrique: En aquella convención había una chica que hacía dinámicas de grupo y jugamos a una cosa casi igual. Pero nosotros estábamos en un globo y los personajes no eran exactamente los mismos. Lo que debíamos hacer era decidir a ver quién saltaba, porque el globo estaba perdiendo altura y no nos quedaba lastre para lanzar, y uno de los personajes debía saltar, y discutíamos a ver quién era el menos importante. Fue muy divertido. Yo era...
Fernando: Perdona que te corte. Hay una cosa en la mecánica que no entiendo. Si nosotros somos los únicos ocupantes del avión, lo que me gustaría saber es quién estaba pilotando. Supongo que era el payaso, y por eso estamos a punto de jódernosla.
Mercedes *(no le ha hecho gracia):* Ja, ja.
Enrique: Lo que debemos hacer es discutir quién merece vivir. Quién es más importante para el mundo.
Carlos: Pues yo, de torero, lo tengo fatal.
Fernando: No quiero cortaros el rollo, pero recapacitemos un instante. Estamos optando a un cargo ejecutivo en una de las empresas más grandes del mundo. Miraos, por favor.
Enrique: ¿Qué pasa?
Fernando: No, nada. No pasa nada. Debe ser problema mío. Continuemos.
Carlos: ¿Qué hacemos, hablamos cada uno y después discutimos?
Enrique: Sí, ¿no?
Mercedes: ¿Me dejáis hacer una propuesta, antes? Entre nosotros hay un obispo. Un hombre de Dios. Un hombre que cree en la otra vida y que, además, valora la caridad y solo piensa en hacer el bien... Yo propongo que él, voluntariamente, se sacrifique por los demás y renuncie a utilizar el paracaídas. Me parece que sería una actitud muy cristiana.
Fernando: Tú, ¿de qué vas? Yo no me sacrifico por nadie.
Mercedes: Era una broma.
Fernando: Una broma... Ah, claro, eres payaso...
Enrique: ¿Quién empieza?
Carlos: Echémoslo a suertes.
Mercedes: Si queréis empiezo yo.
Enrique: Vale.
Mercedes: No quiero menospreciar ninguno de vuestros oficios. El político trabaja para el pueblo, el obispo se cuida de la espiritualidad de la gente, el torero... Bueno, el torero...
Carlos: Soy un artista.
Mercedes: Bueno... Es igual. Lo que está claro es que yo, el payaso, cumplo una de las funciones más nobles y útiles para la sociedad. Me dedico a hacer reír a la gente.
Fernando: Si es por eso, el político también...
Mercedes: Pensad que cuando arranco una sonrisa de un niño le estoy proporcionando un momento de felicidad que sólo yo puedo darle. ¿Hay algo más importante que la sonrisa de un niño?
Fernando: Conmovedor.
Enrique: No te digo que no. No te digo que eso no sea importante, pero antes que de la sonrisa nos debemos preocupar por el bienestar de ese niño, para que pueda tener unas buenas escuelas donde educarse, unos buenos hospitales por si está enfermo. Nos debemos preocupar para que

pueda tener un futuro. Los niños deben poder sonreír, es verdad, pero para poder hacerlo deben vivir en una sociedad que les proteja, que vele por su seguridad y por la de sus padres...
FERNANDO: No te enrolles, que el avión está cayendo.
ENRIQUE: Ya sé que el prestigio de los políticos es muy bajo, hoy en día, pero sin nosotros, sin mí, el payaso no podría hacer reír a los niños, el torero no podría torear y el obispo... El obispo tampoco tendría clientes, porque la gente sólo se preocupa de la salvación de sus almas cuando tiene la tripa llena. Por todo eso, creo que soy yo quien me debo salvar. Mi función es fundamental para nuestra sociedad.
CARLOS: ¿Ahora yo? Bien... Yo soy... torero. Vosotros podéis pensar que un torero más o un torero menos en este mundo, es igual. Pero no. De ninguna manera. Estáis muy equivocados. Un torero es... Un torero tiene... Yo me juego la vida cada tarde. Vosotros no os habéis puesto nunca delante de un toro. No sabéis lo que es eso. Yo sí. Los toreros tenemos... Cuando un torero está en la plaza, su madre está rezando, su mujer está rezando, toda su familia está rezando... ¿Por qué rezan? Por un torero. Recordad aquellos versos de García Lorca... Aquellos versos que decían... *(Cambiante.)* Perdonad, pero es que lo mío es indefendible. No se me ocurre nada. Como soy el que soy, lo único que puedo hacer es tener una actitud lo más torera posible. O sea que coged vosotros el paracaídas, que yo no tengo miedo de la muerte.
FERNANDO: Olé.
ENRIQUE: Venga, te toca a ti.
FERNANDO: Sí, me toca a mí.

Fernando anda unos pasos, preparando su discurso.

FERNANDO: Hermanos... Nos hemos reunido aquí... Lo que quiero deciros es que nunca habría pensado cuando venía hacia aquí, ilusionado, he de decirlo así, por la posibilidad de lograr un cargo de alto nivel en una empresa tan importante como Dekia, nunca habría pensado, digo, que acabaría haciendo de obispo dentro de un avión en llamas. Pero bueno, la providencia tiene estas cosas y los designios del Señor son inescrutables...

Comienza a sonar música. Es la Danza húngara, núm. 5, de Brahms.

FERNANDO: ¿Y ahora qué? ¿Hemos de ponernos a bailar?

Suena un teléfono móvil. Es el de Mercedes.

MERCEDES: Perdonad, es que estaba esperando...
FERNANDO: Tranquila... contesta..

Mercedes lo conecta y va a un rincón de la sala.

MERCEDES *(al teléfono):* ¿Laura? Di... ¿Qué?... Hostia...
FERNANDO: Espero que acabe la señora, ¿no?

ENRIQUE: Eso es... Mozart, ¿verdad?
CARLOS: ¿Quieres decir?
MERCEDES *(al teléfono):* ¿Cuándo ha sido?
ENRIQUE: Sí, a mí me parece que es Mozart.
CARLOS: No.
ENRIQUE: ¿Seguro?
MERCEDES *(al teléfono):* ¿Y cómo se encuentra? ¿Qué dice el médico?... Sí, claro que vendré, pero estoy en medio de una reunión...
CARLOS: No, Mozart seguro que no.
ENRIQUE: ¿Te gusta la música?
CARLOS: Estudié un poco de piano.

Mercedes levanta la voz. Los otros no pueden evitar escucharla.

MERCEDES *(al teléfono):* ¿No dices que no es grave? O es grave o no es grave, Laura, hostia... Para mí «grave» quiere decir «grave»... Ya la hemos ingresado cincuenta veces. No vendrá ahora de... A mí no me digas eso. No tienes ningún derecho. Haré lo que deba hacer. Siempre lo he hecho... Ni tú ni nadie me ha de dar lecciones de cómo... Pues ya está... Que sí, que vendré... Cuando pueda. Hala, adiós.

Mercedes desconecta el teléfono y lo guarda.

CARLOS: ¿Algún problema?
MERCEDES: No, nada. ¿Os dijeron cuánto duraría, esto?
ENRIQUE: No.
MERCEDES: Continuemos.
ENRIQUE: Venga, acaba.
FERNANDO: Acabo. Escuchadme bien. Tal como están las cosas en este avión, hay que tomar decisiones rápidas. Yo, ahora, con mucha tranquilidad, con mucha calma, cogeré el paracaídas, me lo pondré y saltaré del avión, y si alguno de vosotros intenta impedírmelo, lo único que logrará es salir del avión antes que yo. Sin paracaídas, naturalmente.
ENRIQUE: Eh, lo debes hacer con seriedad.
FERNANDO: Lo estoy haciendo muy seriamente. No intentéis oponeros a la voluntad de la Iglesia. Tenemos más fuerza de la que parece. Si no me obligáis a utilizar la violencia y os quedáis en el avión aún tenéis alguna posibilidad. Podéis intentar apagar el fuego y que la payasa esta vuelva a tomar los mandos. Y bien, eso es todo, me parece que no hay nada más que decir. Continuad discutiendo si es Mozart o no. Mozart... Yo me voy. Adiós.
CARLOS: Pero, qué dices...
ENRIQUE: Eso es destrozar el juego. No puedes hacerlo.
FERNANDO *(alejando la voz):* Lo siento. Ya no estoy. He saltaaaado.
ENRIQUE: Has hecho trampa.

Fernando se encoge de hombros. Mercedes se va al lado de la pequeña puerta.

ENRIQUE: Si no estás dispuesto a seguir las normas, no... Vaya, que así...

CARLOS: Y ahora, ¿qué?
ENRIQUE: No lo sé.

Enrique se acerca a Mercedes.

ENRIQUE *(a Mercedes):* ¿De verdad no te pasa nada? No he podido evitar oír...
MERCEDES: Mi madre, que está delicada. Nada grave.
ENRIQUE: Si es un caso de fuerza mayor, supongo que esta gente lo entenderá. MERCEDES: Que no es nada. Ya la hemos ingresado unas cuantas veces. Después llamaré.

La música deja de sonar.

FERNANDO: Oh, se acabó el baile.

Se abre la pequeña puerta.

CARLOS: Eh.

Carlos saca un sobre del buzón.

CARLOS: No hay nada escrito fuera. Lo leo.

Carlos abre el sobre y lo lee.

CARLOS *(enfadado):* Qué cojones... Esto es... No tienen ningún derecho a...
MERCEDES: ¿Qué pasa?
CARLOS: Una cosa es que hagamos juegos idiotas, otra meterse en...
FERNANDO: ¿Qué dice? ¿Tenemos que hacer un número musical, ahora?
CARLOS: Nada. No lo pienso leer.
FERNANDO: ¿Cómo que no lo piensas leer?
CARLOS: Lo que dice aquí no os interesa. Ni a vosotros ni a ellos, que no sé como cojones se han enterado. Hostia.
ENRIQUE: Pero si no lo lees, ¿qué hacemos?
CARLOS: Aquí habla de mí y de cosas concretas de mi vida que no os interesan para nada. Y, además, que no tienen nada que ver con el trabajo.
FERNANDO: No puedes hacer esto.
CARLOS: Los que no lo pueden hacer son ellos.
FERNANDO: Es su juego. Si no quieres continuar, te vas. Nos lo han dicho muy claro. CARLOS: Es que una cosa es que te hagan pruebas como las que hemos hecho, y otra que te destapen asuntos personales que son privados y que no le interesan a nadie para nada.
ENRIQUE: A mí también me han sacado cuestiones personales y lo he aceptado, si no lo aceptas, debes terminar.
CARLOS: Pero es que es muy diferente, hostia.
FERNANDO: Tú mismo. O lees y te quedas, o no lees y te vas.

Carlos piensa un instante.

FERNANDO: Supongo que ya nos podemos quitar estos sombreros.

Todos se sacan los sombreros, excepto Carlos, que continúa pensando.

MERCEDES: Eh, Carlos.
CARLOS: ¿Qué?
MERCEDES: El sombrero.

Carlos se quita el sombrero.

MERCEDES: Hala, venga, que no tenemos todo el día.
CARLOS: Bien mirado, tampoco es nada de lo que me deba esconder, ni avergonzar, ni nada. De hecho, llegará un momento que será evidente. Leo. «Carlos Bueno ha iniciado un tratamiento hormonal que ha de desembocar en una operación de cambio de sexo. Decidan si es el tipo de candidato conveniente para entrar a trabajar en nuestra empresa. Si ustedes llegan a la conclusión de que no es el perfil adecuado al cargo, Carlos Bueno deberá abandonar el proceso de selección.» Ya está.

Carlos va hasta el buzón introduce el papel y lo cierra.

MERCEDES: Carlos...
CARLOS: ¿Qué?
MERCEDES: No, nada, que lo que acabas de leer es un poco...
CARLOS: Sorprendente.
MERCEDES: Pero no es...
CARLOS: Pues mira, sí, lo es.
MERCEDES: ¿Quieres cambiar de sexo?
CARLOS: Sí.

Mercedes no puede evitar reírse.

MERCEDES: Perdona, pero es que...
FERNANDO: Por favor. Esto es... No tengo palabras. Y mira que eso me pasa pocas veces, pero esta vez, lo debo admitir. No tengo palabras.
CARLOS: Lo que no entiendo es cómo se ha enterado esta gente. No me lo explico.
MERCEDES: Es coña, ¿verdad?
CARLOS: No.
ENRIQUE: ¿No?
CARLOS: No. Hace unos meses, tomé la decisión de llevarlo a cabo. Sólo hace unas semanas que he comenzado el tratamiento hormonal.
MERCEDES: Sin embargo, Carlos...
FERNANDO: A ver si lo entiendo... O sea que de aquí a cuatro días te comenzarán a salir pechos, se te pondrá la voz de canario y te acabarán cortando el pito.
CARLOS: No exactamente así, pero bueno, sí. Me operaré y seré una mujer. Bueno, en realidad ya lo soy.

FERNANDO: Pues lo disimulas de coña.
CARLOS: Nada de cachondeo, eh.
MERCEDES: Carlos...
FERNANDO: Qué fuerte... La gente es la polla. Bueno, en tu caso no exactamente la polla... Es que tiene... No me extraña que estés buscando trabajo, porque en Rawental, que son del Opus hasta la médula, te echarán antes de que te compres las primeras braguitas.
CARLOS: Por eso estoy buscando trabajo.
ENRIQUE: ¿Y no lo habías dicho aquí?
CARLOS: ¿Por qué?
FERNANDO: No tiene importancia, ¿verdad? No afecta para nada al trabajo. Dekia contrata como director de márqueting a un tipo que se llama Carlos y al cabo de unos meses Carlos se ha convertido en Carlota. Normal. Yo tampoco les he dicho que soy Hare-Krishna y de aquí a cuatro días, por sorpresa, recibiré a los clientes cantando «Hare, hareeeee...»
CARLOS: ¿Y qué?
FERNANDO: No, nada, ningún problema.
ENRIQUE: Hombre... Que es un poco... Vaya. Un poco... No sé. Que es... Coño. Es raro que te cagas.
CARLOS: Tampoco pensaba esconderlo. Si me elegían, pensaba explicarlo. Pero no antes, quería que eso no afectase al proceso de selección.
FERNANDO: Ya, y cuando te hubiesen contratado, tú se lo explicabas y si te despedían los llevabas a magistratura.
CARLOS: Qué dices...
FERNANDO: Y tal como están las cosas hoy en día, con tanta corrección política y tanta mandanga hasta habrías sacado un montón de pasta.
CARLOS: Tú has visto muchas películas.
MERCEDES: Carlos.
CARLOS: ¿Qué?
MERCEDES: Es que no me lo puedo creer. Tú, en la facultad, te habías enrollado con un montón de chicas.
CARLOS: Porque no me había aceptado tal como soy.
FERNANDO: Toma frase. Chicos, vaya vidas de culebrón que tenéis todos juntos. Este con la atracadora del chat y tú, chutandote hormonas.
MERCEDES: Carlos, por favor. No... No puede ser. Carlos, tú y yo, en la facultad...
CARLOS: Sí, ¿y qué?
MERCEDES: Hombre, que a mí no me pareció que tuvieses problemas de identidad sexual, precisamente. Vaya, que... Ya sabes qué quiero decir. Fue muy... normal. Vaya, mejor que normal. Fue...
CARLOS: Era una manera de intentar negar la evidencia.
FERNANDO: Disculpad. Disculpad, pero con eso no puedo. No quiero ser desagradable, pero tú... ¿Cómo te debo llamar, Carlos o...?
CARLOS: Me puedes llamar Carlos.
FERNANDO: Pues Carlos. No puedes pensar seriamente en optar a un cargo como este y, al mismo tiempo, preparar oposiciones para travestí. Es que es alucinante, la cosa.
CARLOS: Un travestí es otra cosa.
FERNANDO: Lo que sea, puñeta. Ahora parece que sea yo el que trabaja aquí, pero es que me pongo en su lugar y se me trastocan los esquemas.

ENRIQUE: De hecho, lo que nos han pedido es que nos pongamos en su lugar.
FERNANDO: Pues ya lo estoy. Y doy gracias por tener un servicio de personal lo suficientemente eficiente para haber descubierto todo eso antes de que pudiese hacer daño a la empresa.
CARLOS: ¿De qué manera puede hacer daño a nadie, eso?
FERNANDO: Hombre, tú mismo.
CARLOS: En la oferta, en ningún momento han puesto limitaciones por razón de sexo.
FERNANDO: ¿Y qué querías que pusiesen en el anuncio? «Se busca director de márqueting. Travestís potenciales abstenerse.»
CARLOS: No me vuelvas a llamar travestí.
FERNANDO: ¿Y cómo tengo que llamarte?
CARLOS: En todo caso, transexual, pero lo mejor es no poner etiquetas a las personas.
FERNANDO: A ver, por mí, como si te quieres transformar en pavo, pero lo que no puedes hacer es optar a una faena ocultando una cosa como esta. Si eres travestí o transexual o transatlántico es cosa tuya, pero aquí estás optando a un cargo ejecutivo de alto nivel. Si no tienes claro si eres macho o hembra, quiere decir que en tu cerebro hay un lío de la hostia, y ahora que además has empezado a chutarte hormonas en vena, tus pobres neuronas pueden acabar bailando una jota. Perdona, pero tú debes estar más sonado que el pito de un árbitro.
CARLOS: Te crees que tienes mucha gracia. Te lo diré una vez y no más. Como me vuelvas a faltar al respeto, te suelto una mano de hostias que te pondré los huevos por corbata y me importa una mierda la imagen que dé.
FERNANDO: Huy, qué femenina.
CARLOS: Me cago en la hostia...

Carlos se acerca a Fernando y le da un empujón.

MERCEDES: ¿Qué hacéis?

Mercedes se interpone entre ellos.

CARLOS: Si te vuelves a pasar conmigo te hago una cara nueva.
ENRIQUE: Tranquilos.
FERNANDO: Tú tienes un problema.
CARLOS: Y tú tendrás más de uno, si no paras.
MERCEDES: Haced el favor.
CARLOS: Hay cosas que no las paso.
MERCEDES: Cálmate.
CARLOS: Ya está. No pasa nada.
FERNANDO: ¿Qué esperabas? ¿Que me volvería? Yo no pego a las mujeres.
MERCEDES: Basta ya.
FERNANDO: De acuerdo. Vamos al grano. En el caso de éste habéis decidido no despedirlo. Se puede llegar a entender, sobre todo por parte de Carlota. Pero ahora la cosa no tiene discusión posible.
CARLOS: ¿Ah, no?

FERNANDO: No, y además ya no es preciso ni tener en cuenta tus futuras sesiones de cirugía. Una persona que, a las primeras de cambio, reacciona utilizando la violencia de esta manera no tiene ningún futuro como ejecutivo.
CARLOS: Quien no tiene ningún futuro es quien menosprecia a los demás y no los juzga por sus capacidades profesionales objetivas sino a través de sus propios prejuicios.
FERNANDO: De verdad, Carlota, dices unas frases que... ¿Eso dónde os lo enseñan, en la asociación gay-lesbiana?
MERCEDES: ¿Quieres parar, por favor?
FERNANDO: Callo.
ENRIQUE: Bien, este caso es más complicado que el mío.
FERNANDO: Y eso que, a ti, con lo que te pasó con la del chat, sí que había para cambiarse de sexo. Callo.
ENRIQUE: El problema que nos han planteado sólo se refiere al cambio de sexo. Debemos creer que nada tiene que ver con sus aptitudes profesionales.
MERCEDES: Yo, qué quieres que te diga, se hace difícil hablar de eso.
ENRIQUE: Pero lo debemos hacer.
MERCEDES: Carlos es amigo mío. Le aprecio, pero...
FERNANDO: Pero...
MERCEDES: Es que me cuesta tanto creer que...
ENRIQUE: Eso es igual. Trabajémoslo. Lo que debemos hacer es tener en cuenta todos los factores. Supongo que a causa de la operación esta, cuando te la hagan, deberás estar mucho tiempo de baja.
CARLOS: No tanto.
FERNANDO: El problema no es que esté de baja. El problema es que cuando regrese de la baja y su secretaria le vea en traje de fallera mayor le puede dar un colapso y quedarse allá de cuerpo presente. Entonces sí que habrá un problema de verdad.
MERCEDES: ¿No puedes hablar en serio de nada?
FERNANDO: ¿Cómo quieres que hable en serio de una cosa como esta? Si parece el argumento de una novela de la Bárbara Cartland: «Carlos, el director de márqueting trabaja codo a codo con su subdirector, se admiran, forman un gran equipo... Y después de las vacaciones el director vuelve transformado en Sofía Loren, el amor triunfa, se casan, y adoptan un niño colombiano.»
ENRIQUE: Tienes razón.
FERNANDO: ¿En qué? ¿En el niño colombiano?
ENRIQUE: Esto no hay quien se lo crea. Ahora lo veo. La prueba que tú debes pasar es lograr que nos creamos que te quieres hacer esta operación. Sólo nos has leído lo que has querido, y después has vuelto a dejar el papel y el buzón se ha cerrado. Lo que ponía era que nos debías hacer creer que te querías cambiar el sexo.
CARLOS: Mira, tú, lo que deberías hacer es dejar de dar tantas vueltas a las cosas. Aquí no es preciso ningún óptica nueva. Soy así. Quería ser discreto algunos meses más, pero esta gente se ha enterado, qué le vamos a hacer.
ENRIQUE: ¿Cómo se pueden haber enterado de una cosa así si tú no se lo has dicho?

Carlos: A mí también me gustaría saberlo. Supongo que han hablado con amigos míos y alguien se lo debe haber dicho. No hay mucha gente que lo sepa, pero la hay.
Enrique: Sí, ya. ¡Vaya vaya con la prueba! Es buena. Si lograras hacernos tragar una historia como esta es que eras el mejor vendedor del mundo.
Carlos: Os digo que es verdad.
Mercedes: Debe ser eso. Cuando me toque a mí, vete a saber qué me harán hacer... Os tendré que hacer creer que soy monja o... extraterrestre.
Carlos *(saca su cartera, busca un papel):* Mirad, aquí tengo las recetas de los medicamentos, y el teléfono de mi médico, llamadlo si queréis.
Enrique: Puede estar preparado.
Carlos: Cómo quieres que esté preparado. Yo no sabía que me saldrían con eso. Si llevo la receta es porque es mía.
Enrique: Quizá tu prueba ya venía preparada de antes. Quizá han hablado contigo, te han explicado el proceso y te han pedido que preparases una coartada.
Carlos: Oye, que estamos en un despacho de la Diagonal, no en una novela de Agatha Christie.
Fernando: Lo que dice es verdad. Aunque parezca imposible, yo creo que dice la verdad.
Mercedes: ¿Cómo lo sabes?
Fernando: En el papel ponía lo que nos ha leído. Lo ha cogido él por casualidad. No estaba su nombre, en el sobre. Lo podíamos haber cogido cualquiera de nosotros. Si hubiesen querido darle instrucciones solo para él, en el sobre habrían puesto su nombre, como han hecho con Enrique.
Enrique: Si venía preparado de antes es igual.
Fernando: Tienes razón, pero no lo creo. Es tan exagerado, que ha de ser verdad.
Enrique: Sin embargo, entonces, si decidimos que no es una persona adecuada, se ha de ir. Han dicho eso, ¿no?
Fernando: Exactamente. Echémoslo y… ¡uno menos!
Mercedes: Bueno... Son ellos quienes deben tomar esta decisión, no nosotros.
Fernando: Está bien pensado. Así no podrán decir que Dekia ha eliminado a nadie por motivos... discriminatorios o lo que sea. Lo habremos hecho nosotros. Ahora que, por mí, ningún problema.
Mercedes: Yo, es que estoy convencida de que no es verdad, y si lo eliminamos, lo eliminaremos por una cosa que es mentira, o sea que no entiendo...
Carlos: ¿Por qué no os lo queréis creer? El cambio de sexo ya no es una cosa tan extraña como antes. Está científicamente comprobado que hay hombres y mujeres atrapados en un cuerpo que no les corresponde.
Fernando: Oye, hablas tan de manual que ya no sé qué pensar.
Carlos: Déjame en paz... Las personas que tenemos este problema, ahora, tenemos la posibilidad de solucionarlo. Y no es un camino fácil, os lo aseguro. Yo he tardado años en decidirme. Me han hecho pruebas de todo tipo. Hace seis años que me visita un psiquiatra y es él quien me ha recomendado la operación. Si queréis que os diga la verdad, este trabajo comienza a no ser tan importante para mí. Ya encontraré otro. Prefiero que me creáis y que aceptéis la posibilidad de que una persona quiera

reconducir su vida y que lo admitáis como un hecho normal. Tú, Enrique, tienes hijos, ¿verdad? Imagina que eso mismo le pasase a uno de tus hijos. ¿Verdad que querrías que pudiese vivir con normalidad? Siempre habrá personas como él, que se reirán y que intentarán hacerte sentir ridículo, es inevitable; pero tú, Mercedes, no eres así, me gustaría que continuases siendo mi amiga. Para mí, ahora, eso es lo más importante. Yo seguiré siendo la misma persona, sólo que un poco más feliz, espero.
MERCEDES: Carlos, no me hagas esto.
CARLOS: ¿El qué?
MERCEDES: Me estás haciendo sentir como una... No lo sé.
CARLOS: No pienses en la imagen que debes dar. Nos conocemos. Necesito que mis amigos me comprendan.
MERCEDES: Es que no sé qué decirte...
CARLOS: Dime que seguirás siendo siempre amiga mía.
MERCEDES: Bueno, tú y yo tampoco somos tan amigos. Sólo nos vemos de vez en cuando.
CARLOS: Es igual. Ayúdame.
MERCEDES: ¿Qué quieres que haga, yo?
CARLOS: No me elimines. Tú no, por favor.
MERCEDES: Carlos...
CARLOS: Ellos dos me echarán, seguro. Pero por lo menos tú...

Mercedes y Carlos se miran unos instantes.

FERNANDO: ¿Te puedo hacer una pregunta?
CARLOS: Di.
FERNANDO: Cuando hayas acabado de tocarle la fibra a ella, irás a por él, ¿no?
CARLOS: No.
FERNANDO: Eres hábil. Hay que reconocer que eres hábil.
CARLOS: Prefiero no volver a hablar contigo. *(A Mercedes:)* ¿Qué dices?
MERCEDES: Estoy pensando.
FERNANDO: Pues yo sí que quiero hablar contigo. Lo que estás haciendo es puro chantaje emocional. Como que la conoces y por lo visto, te la tiraste, ahora quieres ponerla tierna.
MERCEDES: Oye, guapo, a mí nadie me hace ninguna clase de chantaje. Haré lo que me dé la gana y si tuvimos una relación, a ti no te importa para nada.
FERNANDO: Usted perdone.
MERCEDES: Carlos, si quieres que te sea sincera, continúo sin poder creer lo del cambio de sexo, pero si fuera verdad y yo tuviese la responsabilidad de contratarte, no te seleccionaría.
CARLOS: Muy bien. Esperaba que tú... Pero es normal. Lo entiendo.
MERCEDES: Lo siento.

Suena el móvil de Mercedes.

MERCEDES: Perdona. *(Mercedes ve quién es y conecta el móvil.)* ¿Qué pasa?
CARLOS: A vosotros dos no es preciso que os pregunte.
ENRIQUE: No tenemos alternativa. Nadie contrataría a alguien... como tú. Es

demasiado arriesgado.
MERCEDES *(al móvil):* Pero, ¿cómo ha sido?
FERNANDO: Pues yo sí que te ficharía, aunque sólo fuera para ver si quedas guapa. Quizá eres la mujer de mi vida.
CARLOS: Eres un capullo.
MERCEDES *(al móvil):* Dios mío... Sí, sí, ahora voy. Adiós. *(Cuelga.)*
FERNANDO: Parece que tu ex se tendrá que ir.
MERCEDES: Mi madre ha muerto.
CARLOS: ¿Qué dices?
MERCEDES: Que ha muerto.
ENRIQUE: Hostia...
CARLOS: ¿Qué ha pasado?
MERCEDES: La tenían en la UVI... Un ataque de corazón.
ENRIQUE: Lo siento.
CARLOS: Pero si hace una rato te han llamado...
MERCEDES: Se ve que mientras estábamos hablando ya había entrado en crisis y mi hermana aún no lo sabía.
CARLOS: Mercedes...
MERCEDES: Bueno, me debo ir.
CARLOS: ¿Quieres que te acompañe? Yo también me debo ir.
MERCEDES: No es necesario. Tengo el coche aquí... Mierda. Debería haber ido cuando me ha llamado.
CARLOS: Tampoco hace tanto... No habrías llegado a tiempo.
MERCEDES: Pero no he ido. Me he quedado aquí. Mierda.
CARLOS: Quizá es mejor que no conduzcas. A mí no me importa.
MERCEDES: Gracias.

Mercedes y Carlos recogen sus cosas.

FERNANDO: Me sabe mal.
MERCEDES: ¿A ti?
FERNANDO: Sí, a mí.
MERCEDES: Tú, lo único que piensas es... Mira, dos menos.
FERNANDO: Soy un poco malparido, pero no tanto.
ENRIQUE: Estoy seguro de que entenderán que te debes ir.
FERNANDO: Al principio han dicho que quien se marchara, fuera por lo que fuera, quedaba eliminado.
CARLOS: Como puedes ser tan...
FERNANDO: Es lo que nos han dicho.
ENRIQUE: En todo caso, no eres tú quién lo ha de decidir.
FERNANDO: No, pero lo han dicho.
MERCEDES: Espero que te elijan. Yo lo haría. Hijos de puta como tú no se encuentran cada día.
FERNANDO: Eh, que yo no he matado a tu madre.

Mercedes se lo queda mirando, enfurecida.

FERNANDO: ¿Qué pasa? Es verdad. No es culpa mía.

Mercedes mira a Fernando. Un largo rato. Carlos se acerca a

ella.

CARLOS: Mercedes...

Mercedes continúa inmóvil, mirando a Fernando.

CARLOS: Vamos.
MERCEDES: Me quedo.
CARLOS: ¿Qué?
MERCEDES: Que me quedo.
CARLOS: Mercedes...
MERCEDES: Está muerta. No viene de media hora.
CARLOS: ¿Cómo puedes decir una cosa así?
MERCEDES: No puedo irme.
CARLOS: Pero...
MERCEDES: Tengo mis motivos. Es cosa mía.
CARLOS: No, ya sé que es cosa tuya, pero...
MERCEDES: Esto debe estar a punto de acabar.
CARLOS: O no.
MERCEDES: Si veo que se alarga, ya me marcharé.
CARLOS: No entiendo nada.
MERCEDES: Es mi problema, ¿de acuerdo?
FERNANDO: Se nota que entre tu madre y tú había cariño.
MERCEDES: Di lo que quieras. A mí no me pondrás nerviosa.
CARLOS: Esto es increíble.
FERNANDO: Lo que está claro es que tú sí que debes largarte.
CARLOS: Mercedes, vamos. No seas tonta. No merece la pena.
MERCEDES: Por favor.

Carlos los mira.

CARLOS: Estáis todos locos. Y yo no sé como he aguantado tanto rato esta mierda de selección. Es vergonzoso que nos hagan hacer... Si tuviésemos un poco de dignidad, ya hace rato que deberíamos haberlos enviado a tomar por el saco. Todos.
FERNANDO: Anda, ve a hormonarte.
CARLOS: Si sólo os tienen a vosotros tres para elegir, que no le pase nada, a esta empresa.
FERNANDO: Adiós.
CARLOS: Adiós.

Carlos abre la puerta y se va. Mercedes saca un paquete de cigarrillos y enciende uno. Coge el cenicero y se lo acerca.

ENRIQUE: Perdona, no me quiero meter, pero...
MERCEDES: Pues no te metas.
FERNANDO: La chica sabe lo que quiere.
MERCEDES: Mi madre haría lo mismo.
FERNANDO: Cojones, qué familia.
MERCEDES: Antes es cuando la he cagado. Antes, cuando me ha llamado la

primera vez, debería haber ido. Ahora ya es tarde.

Mercedes va hasta el buzón y golpea sobre él como si llamara.

MERCEDES: Venga chicos, que es para hoy, ¿a qué más debemos jugar?
ENRIQUE: Te lo repito. Es verdad que, al principio, nos han dicho que quien saliese de la sala, fuera por lo que fuera, quedaba eliminado del proceso, pero era una norma que no podía contemplar un hecho como este. Estoy seguro de que el departamento de personal entenderá perfectamente que te vayas y no lo tendrá en cuenta a la hora de tomar una decisión.

Fernando y Mercedes se miran.

FERNANDO: Yo tenía razón. Eres tú.
ENRIQUE: No, no soy yo. No tengo nada que ver con esta empresa, pero es lógico. Es un caso... Vaya, más grave no puede ser.
MERCEDES: ¿Trabajas aquí?
ENRIQUE: No.
FERNANDO: Eres el único que no has dicho en qué empresa trabajabas, y esta manera de hablar, eso que le has dicho... «El departamento de personal entenderá perfectamente...»
ENRIQUE: Es que estoy convencido. Esta gente nos ha hecho pruebas extrañas, pero tampoco deben ser unos monstruos. Además, no pueden esperar que Mercedes muestre una actitud normal, evaluable, teniendo en cuenta lo que le acaba de pasar.
MERCEDES: Para mí, conseguir este trabajo es muy importante. Mi madre no resucitará porque yo ahora corra hacia el hospital. Nos habéis puesto unas normas y pienso cumplirlas hasta...
ENRIQUE: Eh, yo no he puesto ninguna norma. Soy un candidato como vosotros.
FERNANDO: Y dale. Insiste... Muy bien. Si este es el juego, jugaremos. Pero que conste que yo te he clichado desde el principio.
MERCEDES: ¿Tardarán mucho en pasarnos otro papelito?
ENRIQUE: ¿Y yo qué sé?
MERCEDES: Porque me parece que resulta evidente que el hecho de quedarme demuestra el interés que tengo por el trabajo. Pero si me quedo es por algo. Si el trabajo depende de estos juegos, juguemos, pero rápido.

La pequeña puerta se abre.

FERNANDO: Mira, te han hecho caso.
MERCEDES: Gracias.

Mercedes va hacia el buzón. Enrique la detiene.

ENRIQUE: Espera.

Enrique va hasta el buzón y lo vuelve a cerrar sin coger el sobre.

ENRIQUE: No es preciso. Tenéis razón. Mi nombre es Esteban Ripoll. Soy

psicólogo del departamento de personal de Dekia.
FERNANDO: Lo sabía.
ENRIQUE: Quedaban un par de pruebas más, pero creo que, en vista de las circunstancias, podemos dejarlo.
MERCEDES: Gracias.
FERNANDO: Desde el principio. Que conste. Ahora, tu interpretación, magnífica, eres un actorazo. Espero que no te hayas molestado por nada de lo que te he dicho.
ENRIQUE: Carlos Bueno está fuera del proceso. Solo quedáis vosotros dos.
MERCEDES: Y ahora qué haréis, ¿cómo decidiréis?
ENRIQUE: En base a lo que hemos visto hasta ahora.
MERCEDES: Oye, si queréis hacer más pruebas, por mí ningún problema.
FERNANDO: Sí, tú tranquila. Ahora es cosa de la funeraria.
MERCEDES *(a Enrique):* Lo digo en serio.
ENRIQUE: Bueno... Podemos hacer una última prueba. La que estaba prevista.
MERCEDES: ¿Durará mucho?
ENRIQUE: Depende de vosotros.
MERCEDES: Pues, venga. Hagámosla.
FERNANDO: Perdona, ¿te puedo preguntar una cosa?
ENRIQUE: Cuando acabemos, si queréis, os explicaré las bases de todo el procedimiento, pero antes debéis hacer la última prueba. De todas formas, Mercedes, te repito lo que te he dicho antes. Entiendo perfectamente que te debas ir. Sois los dos últimos candidatos. Os podemos convocar otro día.
FERNANDO: Yo no tengo ningún problema en volver otro día, pero es ella la que ha querido quedarse.
MERCEDES: Prefiero acabar.
ENRIQUE: ¿Seguro?
MERCEDES: Sí.
ENRIQUE: Como quieras. La última prueba consiste en lo siguiente. Es un juego.

Lanza una mirada al techo, un gesto y la pequeña puerta se abre. Saca dos sobres.

ENRIQUE: Cada uno de vosotros tenéis un objetivo oculto. Debéis lograr cumplirlo. Quien lo logre antes se queda, el otro tendrá que abandonar. Os daré a cada uno, uno de estos sobres. En su interior hay una tarjeta donde se detalla lo que debéis lograr del otro. Lo leéis, volvéis a introducir la tarjeta en el sobre y lo dejáis sobre la mesa. Cuando uno de vosotros logre el objetivo, lo demostrará al otro enseñándole la tarjeta, y el otro abandonará la sala. Esta es una manera de acabar la prueba. Hay otra. Si uno de vosotros adivina cuál es el objetivo del contrario antes de que lo logre, puede decirlo. Si lo acierta, también ha ganado. ¿Está claro? *(Los dos asienten.)* Yo saldré y os dejaré solos. Fernando, tu sobre es el número uno. Mercedes, el número dos. *(Les da los sobres.)* Leed la tarjeta. *(Lo hacen.)*
FERNANDO: Cojones. Eso es...
ENRIQUE: Si no quieres hacerlo, puedes renunciar.
FERNANDO: No, no. Pero es... Supongo que ella también lo tiene igual de

complicado.
ENRIQUE: No puedo decir nada. Volvedla a guardar. Dejad el sobre en la mesa.
FERNANDO: A ver, que no me equivoque. Si logro lo que pone aquí, gano, pero si ella lo adivina antes, pierdo.
ENRIQUE: Exacto. Quien antes logre el objetivo o adivine las intenciones del otro se queda. El otro se tendrá que ir.
MERCEDES: ¿Y si yo sé lo que él quiere lograr, y entonces miro el sobre y no es aquello?
ENRIQUE: Fuera. Primero lo debes decir, después miras el sobre, si no lo aciertas te has de marchar.
MERCEDES: De acuerdo.

Dejan los sobres en la mesa.

ENRIQUE: Suerte.

Enrique abandona la sala.

FERNANDO: Casi nada, ¿eh?
MERCEDES: Sí.
FERNANDO: Yo, el mío, es... Bueno, si el tuyo es igual de difícil nos podemos pasar aquí toda la noche.
MERCEDES: Yo no tengo toda la noche.
FERNANDO: No, claro. *(Bajando la voz.)* De verdad, estos juegos son... *(Con el dedo índice hace el signo de locura.)*
MERCEDES: Pero bien que juegas.
FERNANDO: Con lo que paga esta gente, si me lo piden, les bailo sobre la mesa el himno de Suecia. Ahora, una cosa es eso, y la otra es lo tuyo.
MERCEDES: ¿Qué?
FERNANDO: Pues que no entiendo cómo, con eso de tu madre, continúas aquí como si tal cosa.
MERCEDES: Continúo, pero no como si tal cosa. ¿Tú qué habrías hecho?
FERNANDO: No lo sé. No me ha pasado a mí, pero... Me gustaría ver cómo explicas a tu familia que estabas aquí jugando al objetivo oculto y que por eso no has podido ir antes al hospital.
MERCEDES: A mi familia no le he de explicar nada.
FERNANDO: Bueno, bueno... No es cosa mía.
MERCEDES: Exactamente.
FERNANDO: Pues vamos al grano, ¿no te parece? Porque la cosa me parece que será larga.
MERCEDES: ¿Qué cosa?
FERNANDO: Este juego. Hemos de lograr que el otro haga una cosa pero no podemos ir directos, debemos dar treinta vueltas, porque si nos engancha, cagada. Está bien pensado. En el fondo, esto son técnicas de venta.
MERCEDES: No veo la relación.
FERNANDO: Vender es eso. Yo empecé con excursiones de abuelos. Los metía en un autocar con la excusa de que iban a ver el castillo de no sé qué, pero el objetivo auténtico era venderles de todo. Les llenábamos la tripa

de vino de garrafa, y cuando los teníamos bien trompillas, les encerrábamos en una sala y hasta que no compraban lo que teníamos previsto de allá no salía ni Dios. Hostia, cómo llegamos a reírnos... Un día colocamos doce rebobinadores de cintas de vídeo a un grupo que eran sólo quince abuelos. Doce. Y te juro que ninguno de los que las compraron tenía vídeo.
MERCEDES: ¿Estás casado?
FERNANDO: ¿Por qué me lo preguntas?
MERCEDES: Por saberlo.
FERNANDO: No, no estoy casado.
MERCEDES: ¿Por qué no?
FERNANDO: Vocación. Y tú, ¿estás casada?
MERCEDES: No, tampoco. Pero he vivido en pareja.
FERNANDO: Ah, muy bien. Me alegro.
MERCEDES: ¿Hijos?
FERNANDO: No, que yo sepa.
MERCEDES: ¿Qué quiere decir «no, que yo sepa»?
FERNANDO: Tienes razón. Es una respuesta idiota. Como si nosotros no lo debiésemos saber, si tenemos hijos o no. Yo siempre he ido con mucho cuidado, pero si alguna vez hubiese dejado preñada a alguna, ¿se lo habría callado? Y una mierda. Me habría llamado con el predíctor aún caliente. No, no tengo hijos.
MERCEDES: ¿Te gusta la música?
FERNANDO: No, no me gusta. Y que conste que te estoy dejando llevar el peso de la conversación porque quiero. No te creas que controlas nada.
MERCEDES: ¿Qué es lo que te gusta?
FERNANDO: Mi trabajo.
MERCEDES: ¿Tienes amigos?
FERNANDO: Claro que tengo amigos.
MERCEDES: ¿De dónde son?
FERNANDO: Pues... De donde son todos los amigos. De aquí y de allá.
MERCEDES: ¿Pero son amigos de verdad?
FERNANDO: No, son muñecos hinchables.

Mercedes enciende otro cigarrillo.

MERCEDES: ¿Fumas?
FERNANDO: No.
MERCEDES: ¿Quieres que te diga lo que pienso, de todo esto? Que no creo que nos elijan. Ni a ti ni a mí.
FERNANDO: ¿Por qué?
MERCEDES: Intuición.
FERNANDO: ¿Y a quién quieres que elijan, a tu amiga de Esade?
MERCEDES: Tengo la sensación de que están jugando con nosotros.
FERNANDO: Mujer, eso está claro desde hace rato. Pero estos psicólogos son así. Aunque no nos han hecho jugar a las sillas musicales o a imitar ruidos de animales...
MERCEDES: Yo tengo una especie de sexto sentido. Siempre lo he tenido. Cuando me quieren engañar me salta una alarma, y aquí hace rato que está sonando.

Fernando: Ahora vas al grano, ¿eh? Qué quieres, ¿hacerme creer que todo esto es una engañifa? ¿Es eso lo que debes lograr? No, si fuera eso no habrías ido tan directa. Me estás probando... Ya te lo he dicho. Yo sí que tengo el culo pelado de engañar a la gente, me conozco todos los trucos.
Mercedes: Piensa lo que quieras. Creo que no nos darán el trabajo, pero también hay alguna cosa que me hace quedar. Curiosidad, supongo.
Fernando: Pues ha de ser una curiosidad de la hostia. Porque se te ha muerto tu madre y estás aquí de charla. Tú eres de esas que sufren por el hambre en el mundo y que da dinero a Médicos Sin Fronteras, pero se muere tu madre y te sabe igual de mal que si se te hubiese pasado el arroz.
Mercedes: Y tú eres un mierda que te piensas que puedes decir a la gente lo que te pase por los cojones. Carlos antes no te ha soltado la hostia que te mereces, vigila que no te la suelte yo.
Fernando: Perdona, no te ofendas. Si yo admiro tu actitud. Tu madre está muerta, a eso ya no le puedes hacer nada, pero aquí tienes una oportunidad para conseguir un trabajo de narices y luchas para gánartela. No te retirarás a última hora por veinte minutitos de nada. Yo admiro las personas prácticas y tú lo eres. Me caes bien. De verdad. Se ve que eres una mujer que sabe lo que quiere. Mira, te lo confieso. Si me hubiese pasado lo mismo que te ha pasado a ti, me habría gustado reaccionar de la misma forma. Cuando te gane me sabrá mal y todo. Nos podrían coger a los dos. Haríamos un buen equipo, ¿no te parece?
Mercedes: ¿Has querido alguna vez a alguien?
Fernando: Coño, menudos cambios que haces.
Mercedes: Si no quieres, no contestes.
Fernando: No, ningún problema. ¿Una mujer, quieres decir?
Mercedes: Sí, una mujer.
Fernando: Pues... creo que no. Ahora, te diré una cosa pero no sé si te servirá. Una vez pedí a una mujer que se casara conmigo.
Mercedes: Y te dijo que no.
Fernando: Me dijo que sí. Iba sobre seguro. Si no, no se lo habría pedido.
Mercedes: Y después la dejaste, ¿eh?
Fernando: La semana siguiente.
Mercedes: No es cierto.
Fernando: Ah, ¿no?
Mercedes: No. Te he dicho que tengo un sexto sentido.
Fernando: Pues nena, si los otros cinco funcionan como este, háztelo mirar.
Mercedes: ¿Por qué te dejó?
Fernando: Que la dejé yo... Es igual. Estoy intentando averiguar a dónde quieres ir a parar con todas estas preguntitas, pero me parece que aún no has empezado. Estás lanzando fuegos artificiales. Lo enfocas hacia un lado que nada tiene que ver para, después, cuando me tengas liado, atacar por sorpresa, pero no te saldrás con la tuya, guapa. Llevo demasiado rato aquí dentro como para dejarme pillar. O sea, que si quieres continuar perdiendo el tiempo así, adelante. Tiempo tengo mucho más que tú. Si continúas con esta estrategia incluso llegarás tarde al entierro.
Mercedes: Ya te lo he dicho antes. No me harás perder los nervios con tus comentarios idiotas. Estoy de vuelta, de los cínicos.

FERNANDO: No soy un cínico. Si incluso estoy empezando a apreciarte.
MERCEDES: Qué, ¿ya tienes alguna idea de cuál es mi objetivo?
FERNANDO: No, pero cuando la tenga serás la primera en saberlo.
MERCEDES: Estás demasiado seguro de ti mismo. Nadie es así. Estoy convencida de que es una pose. Una manera de defenderte.
FERNANDO: Perdona que sea yo quien cambie de tema, ahora. No te pienses que no me gusta hablar de mí. Es uno de mis temas preferidos. Sin embargo, te lo tengo que decir, sufro por ti. Te están esperando en el hospital... Me parece que sería mejor que lo dejases. No te saldrás del apuro, conmigo.
MERCEDES: Y tú, conmigo, ¿sí?
FERNANDO: Pues seguramente. Aunque sea por agotamiento, lo conseguiré. Recapacita un poco sobre la situación en que te encuentras. Tu madre acaba de morir y tú estás aquí, intentando lograr que un tipo que no conoces de nada, haga vete a saber qué. Es una cosa completamente absurda. El trabajo es un caramelo, eso es indiscutible, pero... ¿quieres decir que merece lo que estás haciendo? Si te vas ahora no tendrás que dar ningún explicación. Llegarás un cuarto de hora más tarde de lo que habrías tardado si te hubieses ido cuando te han llamado. Puedes dar cualquiera excusa. Estoy intentando ser sincero contigo. Si tu objetivo es parecido al mío, y supongo que lo debe ser, es imposible que tengas éxito. Si te vas al hospital, te sentirás mucho mejor contigo misma y el resultado será idéntico, porque no me podrás ganar por mucho que te empeñes.
MERCEDES: No puede ser.
FERNANDO: ¿Qué?
MERCEDES: No puede ser tan fácil. O sí. Tú dices que me ganarás, aunque sea por agotamiento... E intentas convencerme... Podría ser que tu objetivo fuera... No estoy afirmando nada, aún. Estoy pensando en voz alta. Por eso, en todo este rato, realmente no has intentado nada, porque lo único que debes hacer es esperar... Si tu objetivo es que yo me vaya voluntariamente... No lo estoy diciendo, aún, sólo...
FERNANDO: Estás pensando en voz alta.
MERCEDES: Pero si fuera este el objetivo, toda esta argumentación que has hecho sería demasiado chapucera, demasiado evidente. Claro... Ya lo veo... Me has puesto la miel en la boca para ver si picaba. Lo que querías era que yo me lo creyese, mirase el sobre y la cagase. Buen intento, pero no. Lo siento, chico.
FERNANDO: Huy, cómo te complicas. No había ningún interés oculto. Te lo he dicho con toda mi buena fe.
MERCEDES: Sí, seguro.

Mercedes mira el reloj.

FERNANDO: Si quieres llamar...
MERCEDES: No, no quiero llamar.
FERNANDO: Pues tu hermana te llamará pronto. Qué le dirás?

Mercedes desconecta el móvil.

MERCEDES: Ahora ya no me llamará.

FERNANDO *(medio decepcionado):* Oooh.
MERCEDES: ¿Qué?
FERNANDO: Si casi no he tenido que hacer nada...
MERCEDES: ¿Qué pasa?
FERNANDO: ¿Y si te dijese que mi objetivo era una cosa tan sencilla como que desconectases el móvil?
MERCEDES: No jodas.

Fernando coge el sobre y saca la tarjeta.

MERCEDES: ¡Mierda!

Fernando mira a Mercedes y vuelve a guardar la tarjeta y a dejar el sobre en la mesa.

FERNANDO: No. No es este.
MERCEDES: Eres un... Muy gracioso.
FERNANDO: Perdona, no me lo tengas en cuenta.
MERCEDES: ¿Sabes por qué me he quedado? Porque me caes tan mal que me quería dar la satisfacción de joderte.
FERNANDO: Tu madre se sentiría orgullosa de ti.
MERCEDES: Tú debes ser huérfano, ¿verdad?
FERNANDO: ¿Huérfano?
MERCEDES: Si tuvieras madre, no harías tanta coña.
FERNANDO: Tengo madre y padre.
MERCEDES: Espero que no necesiten nunca nada de ti.
FERNANDO: Todo lo que necesiten de mí, lo tendrán. Y mira, eso, ni tocarlo. Puedo parecer lo que sea, sin embargo, para mí, mis padres son lo primero. O sea que no insinúes ni por un momento que yo pueda ser como tú. Y no hablo de una situación como la tuya, que es de juzgado de guardia. Te hablo de toda una vida. Te hablo de no fallarles nunca. Mis padres me han dado tanto, que por mucho que haga, por mucho que intente devolverles sólo una pequeña parte de todo lo que les debo, nunca llegaré a acercarme a su generosidad. Ahora me has tocado la fibra, tú... ¿Sabes por qué no he tenido hijos? Porque creo que nunca podría llegar a quererlos como mis padres me han querido a mí. Mi padre... Tú eres una niña de familia bien, ya se ve. Yo no, yo soy de barrio. Mi padre era revisor de la Renfe. Revisor de la Renfe toda la puta vida. Curraba más horas que un reloj. Había noches que no dormía en casa. Cuando volvía, siempre me traía un regalo. Cosas pequeñas. A veces sólo un caramelo. Pero siempre, y cuando digo siempre es siempre, me trajo alguna cosa. Sólo era un detalle, pero un detalle que quería decir que nunca, en ningún momento, nunca se había olvidado de mí. De vez en cuando, pasaba una semana fuera, entonces mi madre, el día antes de que volviera, compraba habas y, entre los dos las pelábamos, y mi madre le hacía habas a la catalana, que era el plato que más le gustaba. No entiendes de qué te hablo, ¿verdad? En tu casa no se comían habas, claro. Pues en la mía sí, y para mí, ayudar a mi madre a preparar las habas de mi padre era lo máximo. Aún ahora, de vez en cuando, le hacemos habas a escondidas. Y aún ahora, que ya tengo cuarenta años, mi padre me

coge del brazo y me dice: supongo que has ayudado a tu madre a pelar las habas, y me da un coscorrón, como cuando tenía seis años y tú no lo puedes entender, pero veo los ojos de mi padre y sé que aún se siente orgulloso de mí. Y mi madre, igual. Pero tú no tienes ni puta idea de lo que estoy diciendo. Tú desconectas tu móvil. ¿No fuiste nunca a la cama de tus padres, cuando tenías miedo por la noche? ¿Qué te crees, que tu madre no tenía miedo, hoy? ¿Sabes qué es lo más importante en esta vida, para mí? ¿Sabes por qué trabajo, por qué quiero prosperar en mi trabajo? Te lo diré, aunque no lo entiendas. Quiero que mi padre y mi madre puedan mirarme siempre con aquellos mismos ojos de orgullo con los que me miraban cuando tenía seis años y hacía las cosas bien hechas. Por eso lucho, cojones. Por eso estoy dispuesto a todo, a ponerme un sombrero de capellán y a lo que haga falta. Porque quiero que mis padres sepan que lo he logrado. ¿Y tú me llamas cínico? ¿Crees que eso que haces demuestra que eres muy fuerte, que este trabajo es muy importante para ti? Lo único que demuestra es que no tienes valor. No tienes cojones de enfrentarte a la vida. Y antes, vas y me preguntas si he querido nunca a nadie... Escúchame bien porque quizá aprenderás alguna cosa, hoy. Llegará un día, niña de familia bien, que se te caerá el culo y las tetas te colgarán como un calcetín, llegará un día que de tu brillante carrera sólo quedará un plan de pensiones ridículo, llegará un día que todo lo bueno ya habrá pasado. Ese día ya les ha llegado, a mis padres, pero me tienen a mí, siempre me tendrán a mí, hasta al final, y haré todo lo que sea necesario para que piensen que su vida ha tenido sentido. Tú, ¿qué tendrás? Nada. Querrás mirar hacia atrás y solo habrá mierda.

Fernando se queda mirando a Mercedes, fijamente.

MERCEDES: Dios mío...

Mercedes está llorando.

FERNANDO: ¿Estás bien?

Mercedes saca un kleenex y se suena.

FERNANDO: Perdona, pero es que me lo han puesto muy fácil.

Fernando coge el sobre, saca la tarjeta y se la enseña a Mercedes.

FERNANDO: Te debía hacer llorar.

Mercedes lee la tarjeta.

MERCEDES: Eres un hijo de puta.
FERNANDO: Pero tengo razón, ¿verdad?

Mercedes recoge sus cosas.

FERNANDO: Por cierto, mi madre está muerta y con mi padre hace quince años que ni nos hablamos. *(Mercedes le dirige una última mirada y se va. Fernando se ha quedado solo. No sabe muy bien hacia dónde mirar...)* Ya está, ¿no?... ¿Qué hemos de hacer, ahora? ¿Salgo, me quedo, me espero...? Yo soy respetuoso con las reglas, habéis dicho que si salíamos, quedábamos eliminados. Pues me espero. *(Fernando se sienta. Unos segundos... Coge su maletín.)* No os importa que acabe de leer el diario, ¿verdad? *(Fernando coge el diario y se pone a leer. Está leyendo durante un rato. De repente, cierra el diario y se levanta.)* Bueno, tampoco me quedaré a dormir aquí. ¿Me escucha alguien? *(Fernando va hasta el buzón y golpea llamando como si fuera una puerta.)* ¡Hola! ¿Hay alguien?... Eh, salgo un momento, pero sólo para ver si hay alguien. *(Fernando va hasta la puerta doble. Intenta abrir pero no lo logra.)* ¡Qué cojones...! ¡Eh, que eso no se abre! No jodamos con bromitas, ¿eh? *(Fernando va hasta la puerta lateral. Lo intenta pero también está cerrada.)* ¿Qué es esto, otro de vuestros juegos? ¿No habéis tenido suficiente? Y ahora ¿qué esperáis que haga, que la abra a patadas? *(Fernando va a la ventana e intenta mirar al exterior, la ventana tampoco se puede abrir.)* Si queréis poner a prueba mi paciencia, lo estáis consiguiendo. He hecho todo lo que habéis pedido. Esto ya me parece un poco... para tocar los huevos. *(Fernando saca el teléfono móvil y hace una llamada.)* ¿Dekia?... ¿Me podría poner con la sección de personal?... ¿No hay nadie? ¿Qué quiere decir que no hay nadie? Yo estoy en la sección de personal... Sí, aquí, en el edificio. He venido a una entrevista... Bueno, una entrevista... no me haga hablar. Tiene que haber alguien. Vuélvalo a probar en otra extensión... No, señor, no se han ido, no se pueden haber ido. Llevo aquí más de una hora con tres personas más... No, o sea, no, a ver si me entiende, las cuatro personas que había no se han ido, porque yo estoy aquí dentro y no me he ido porque no puedo abrir la puerta... Estaba con un tal Esteban Ripoll, un psicólogo del departamento de personal... No me diga que no hay nadie que se llame así, porque... No, las cuatro personas no han firmado la salida... ¿Cómo quiere que haya firmado la salida si aún estoy dentro? ¿Quiere hacer el favor de subir y abrirme?, estoy en una sala de reuniones de la planta once... ¿En la planta once no hay ninguna sala de reuniones? Empiezo a estar hasta los cojones, de todo esto. No, no es ninguna broma... No soy su cuñado Mariano. Haga el jodido favor de subir ahora mismo... A cagar, te vas tú. *(Le han colgado el teléfono.)* Muy graciosos, eh, muy graciosos... *(Fernando intenta otra vez abrir la puerta.)* ¿De qué se trata? ¿A ver quién se cansa antes? Si de aquí a cinco minutos no me habéis abierto llamo a los bomberos. *(Fernando se sienta.)* Por cierto... *(Fernando coge el sobre de Mercedes, lo abre y mira la tarjeta.)* Está en blanco.

Se abre la puerta lateral y entra Mercedes. Lleva una carpeta bajo el brazo.

MERCEDES: Señor Augé... Perdone. Soy Nieves Puerta, psicóloga del departamento de personal.
FERNANDO: ¿Qué?
MERCEDES: La entrevista ha terminado.

FERNANDO: ¿Qué quiere decir?
MERCEDES: Le presento a mis compañeros. *(Entran Carlos y Enrique con amplias y cordiales sonrisas, y también con carpetas bajo el brazo.)* Miguel García. Esteban Ripoll.
CARLOS: Encantado.
ENRIQUE: Mucho gusto.

Se dan la mano en silencio. Fernando no sabe qué decir.

MERCEDES: También son psicólogos del departamento. Entiendo que esté sorprendido. Reconozco que no se trata de un sistema habitual...
FERNANDO: Eh, muy bueno, ha habido un momento que lo he pensado, pero... Bueno, después he dudado y no... Si hubiese durado un poco más lo habría descubierto.
MERCEDES: ¿Usted cree?
FERNANDO: Seguro.

Mercedes queda en silencio unos segundos.

MERCEDES: ¿Podría esperar un momento fuera?
FERNANDO: Sí, claro.

Fernando va hacia la puerta. Se vuelve hacia los psicólogos, les sonríe irónico.

MERCEDES: Está abierta.

Fernando abre la puerta y sale, cerrando tras él.

ENRIQUE: ¿Qué pasa?
MERCEDES: Vamos, probémoslo.
CARLOS: ¿No tenías tanta prisa?
MERCEDES: Quizá tenéis razón. No lo creo, pero...
ENRIQUE: No lo sé... Yo tampoco estoy seguro, pero...
CARLOS: Por probarlo no perdemos nada.
ENRIQUE: Además, con este, con la cantidad de mentiras que ha dicho, lo tenemos de coña para ponerlo a caldo.
MERCEDES: Pero vamos rápido, por favor. ¿Tenéis el expediente?
CARLOS: Sí.
MERCEDES: Bien, pues lo machacamos y a ver cómo reacciona. Si se queda y lucha, hablamos; si se va, a tomar por el saco. Ve a buscarlo.

Carlos va a buscarlo. Fernando vuelve a entrar.

MERCEDES: Siéntese, por favor.

Todos se sientan.

MERCEDES: Hace muy poco que estamos implementando este tipo de prueba. Es un test desarrollado por Isaías Grönholm, un psicólogo sueco

que es el director de nuestro departamento de personal en la central de Estocolmo. Lo que pretende es evaluar la respuesta del candidato ante diferentes estímulos emocionales. Mide lo que él denomina «inteligencia creativa».
FERNANDO: Cojones con el Grönholm...
MERCEDES: No sufra por no haber descubierto quiénes éramos nosotros. No era eso lo que se evaluaba.
FERNANDO: Pero... No lo entiendo, tú... usted ha dicho que trabajaba en Rawental y conocía gente de allá.
CARLOS: Trabajé para Rawental y aún tengo allí muchos amigos. Hemos pensado que me daría credibilidad ante usted.
FERNANDO: Ya veo... Muy bueno, lo del cambio de sexo.
CARLOS: Gracias.
MERCEDES: Espero que no se haya molestado por ninguna de las cosas que han pasado aquí.
FERNANDO: No, no. En absoluto.
ENRIQUE: Como puede suponer, todo es confidencial.
MERCEDES: Con sinceridad, lo que más nos ha sorprendido de su actitud es que no ha demostrado empatía en ninguno de los tres casos.

Mercedes consulta los papeles de la carpeta.

MERCEDES: Sabemos que después de la muerte de su madre estuvo un año sin trabajar, que estuvo casado y su mujer le abandonó, y tenemos los informes de su baja por depresión; también sabemos que tiene un hermano homosexual. Le hemos presentado tres situaciones semejantes y no ha habido ni una sombra de compasión. Está claro que no se deja influir por las motivaciones personales, pero...
FERNANDO: ¿De dónde lo han sacado todo eso?
CARLOS: Usted ha estado toda la sesión mintiendo, literalmente.

Fernando quiere hablar, pero...

ENRIQUE: Sí, ya entendemos que ha hecho lo que consideraba más adecuado para ganar las pruebas y lograr el cargo, y eso lo valoramos, pero...
CARLOS: ¿Sabe qué es el efecto boomerang?
FERNANDO: Pues... No.
MERCEDES: Hay que tener cuidado con la agresividad porque se puede volver en contra de uno, y sobre todo en su caso. ¿Por qué? Porque ha sido una agresividad impostada. No era real. Era una actitud externa. ¿Qué puede pasar con una persona como usted enfrentada a un conflicto?
CARLOS: Que genere un conflicto más grave.
ENRIQUE *(dirigiéndose a Mercedes y Carlos):* En eso todos estamos de acuerdo, pero quizá, al final, lo deberíamos haber dejado más tiempo solo, para observar qué hacía. En el protocolo se da mucha importancia al momento en el que se queda solo y...
MERCEDES: Sí, hombre... Por un día que puedo llegar a casa antes de que me metan los niños en la cama, debo perder el tiempo observando a este hipócrita.

FERNANDO: Escuche...
MERCEDES: Quizá el ademán de hombre duro le dé algún resultado en su mierda de laboratorio, pero aquí es totalmente inadecuado. Sus decisiones han sido correctas, no lo niego, pero las formas... Hay que ser malparido, pero que no se note tanto, cojones.
CARLOS: Es lo contrario del perfil que buscamos. Es que... Vaya, tal como yo lo veo... Miro su historial y usted, en el fondo, parece una buena persona.
ENRIQUE: Y culto. Cuando hemos puesto la música y hemos comentado si era Mozart, nos ha mirado y ha dejado ir un «Mozart...» despectivo. *(A Fernando.)* Sabía perfectamente que aquello no era Mozart, pero se lo ha callado, para no dar una imagen demasiado intelectual. ¿Me equivoco?
FERNANDO: Disculpen, pero...
MERCEDES: No buscamos una buena persona que parezca un hijo de puta. Lo que necesitamos es un hijo de puta que parezca buena persona.
CARLOS: Para entendernos… la ha cagado de arriba abajo.
MERCEDES: Tiene suerte que eso no saldrá de aquí, porque ha estado de pena. *(Mira el reloj.)* Es tardísimo. *(Mirando a los psicólogos.)* Estamos de acuerdo, ¿no?
CARLOS: Completamente. Por mí, ni pensarlo.
MERCEDES: ¿Esteban?
ENRIQUE: No, no, ahora lo veo. Sería un grave error contratarlo.
MERCEDES: Bien, lo siento. Creo que es mejor que lo sepa ahora y así no pierde espacio mental conservando alguna esperanza.
CARLOS: Y de espacio mental no le sobra, precisamente.
MERCEDES: Ya hemos acabado. Muchas gracias.

Los tres se levantan y recogen los papeles. Fernando se queda sentado. Mercedes coge el expediente Augé de la carpeta, lo rompe y lo tira a la papelera.

MERCEDES: ¿A qué hora tenemos el de mañana?
ENRIQUE: Por la mañana, a las diez. Tengo que hacer aquello del hijo deficiente, ¿no?
MERCEDES: No, con el de mañana es el ataque epiléptico y después...
ENRIQUE: Ah, sí, sí. Es verdad.
MERCEDES *(a Fernando):* Sabe cómo salir, ¿verdad?

Fernando les mira unos instantes, valorando qué hacer. Coge su teléfono móvil y hace una llamada.

FERNANDO *(al teléfono):* Hola, cabroncete... Sí, sí, ya estoy. Oye, que vendré a la cena... No, al contrario, me han dado el puesto. Si querían que firmase el contrato y todo, pero en el último momento he tenido una iluminación y los he enviado a la mierda... Tal como te lo digo. Les he dicho que no, que gracias, pero que se podían meter su empresita por el culo... Porque están como un cencerro. Una pandilla de pirados, te lo juro. Nos han hecho unas pruebas... Cuando te lo explique no te lo creerás... *(Mientras va hablando, Fernando se levanta y recoge sus cosas. Los otros tres le observan. Fernando ni les mira.)* Están como una puta cabra. No trabajaría en esta empresa ni que me la regalasen... Pues nos han metido

en una sala a los cuatro que teóricamente aspirábamos al puesto... Sí, si, a los cuatro juntos, pero espera que la cosa es de locos...

Fernando, sin dejar de hablar, va hacia la puerta, la abre y se va. Cierra tras él. Una vez solos, los tres psicólogos se miran.

Enrique: De acuerdo. Tenías razón.
Mercedes: ¿Y qué más?
Enrique: Como siempre.
Mercedes: Es un mierda, estaba claro. Pero bueno, así os habéis quedado tranquilos. Venga, a casa.

Carlos y Mercedes tratan de salir al mismo tiempo por la puerta lateral.

Carlos *(a Mercedes):* Pasa, pasa.
Mercedes: No, pasa tú.
Carlos: Por favor.
Mercedes *(haciendo broma):* ¿Por qué? ¿Porque soy una mujer?
Carlos *(igual):* Sí, porque eres una mujer. *(Imitando a Fernando.)* Con un culo y dos tetas, como todas las tías.
Mercedes: Es que... ¡hay que ser idiota!

Sale Mercedes. Detrás suyo, Carlos. El último es Enrique, que apaga los luces.

Oscuro.

REPORTAJE

Se busca empleado (para humillar)

ANDREA RIZZI
EL PAÍS - DOMINGO - 23-10-2005

Una tarde perdida. Una tarde de indignación, rabia y frustración. Adriana, de 26 años, licenciada en Comunicación Audiovisual, fue a la cita aquel día del año pasado buscando un trabajo a media jornada para complementar los 400 euros que cobra como becaria en la Universidad Complutense de Madrid. Pero lo que encontró fue sólo la enésima e intolerable vejación durante una entrevista de selección. Otro de los abusos que tuvo que soportar desde el final de la carrera por el sencillo hecho de necesitar trabajo.

Nada con lo que poner una denuncia en un juzgado. ¿Qué artículo del Código Penal podría aplicarse? ¿Cómo demostraría lo ocurrido en aquel despacho? Sería su palabra contra la del hombre que la entrevistó como candidata a dependienta de un establecimiento madrileño de comida rápida con franquicia de una marca muy conocida. El mismo que "desde el principio mantuvo una actitud muy agresiva", un aire despreciativo, a veces grosero, y le hizo "preguntas indiscretas" y comentarios sobre su aspecto, según cuenta Adriana. ¿Por qué llevaba el pelo tan corto? ¿Y por qué las mangas de esa manera?... El mismo que, cuando ella intentaba contestarle, se levantaba, le daba la espalda y aparentaba de distintas formas que ni siquiera la estaba escuchando. El mismo que preguntó por su experiencia laboral y sus proyectos y, al oír la respuesta de Adriana, se sintió autorizado a cortarla y a comentar que eso era "perder el

tiempo".

No es *El método Grönholm.* En la comedia de Jordi Galcerán, que se representa con éxito en un teatro de Barcelona y en otro de Madrid y que ha inspirado una película *(El método)* de reciente estreno, las humillaciones a las que se ven sometidos los aspirantes a un puesto de ejecutivo de una empresa multinacional son mucho más graves, de esas que pueden dejar una profunda huella psicológica. Pero la caricatura de la comedia se basa en un fenómeno presente en la vida real, como reconocen numerosos psicólogos laborales. El aprovechamiento de la posición de fuerza por parte del seleccionador no es algo generalizado, pero tampoco excepcional.

"Las prácticas vejatorias no son lo habitual. Pero sí ocurre que se vulneren derechos, violando la esfera de la intimidad y discriminando", señala Ricardo Blasco, profesor de Psicología Social de la Universidad de Barcelona y experto en la materia. "El problema es que en muchos casos llevan a cabo procesos de selección personas sin la formación adecuada".

"Me parece una barbaridad, por ejemplo, la praxis de la entrevista colectiva", prosigue. "Para ahorrar tiempo, se convoca a varios candidatos a la vez y se les obliga a presentarse, a hablar de su vida, formación y aspiraciones delante de los demás. Me enteré hace poco de una selección de ese estilo para puestos de agente de seguridad privada, y lo considero algo inaceptable".

Otro abuso frecuente es el de las preguntas relacionadas con el estado civil, que sufren de modo particular las jóvenes. Federica, de 26 años, licenciada en Derecho, tiene un largo historial de pruebas de selección en gabinetes de abogados y para puestos de administrativo. "En casi todos los sitios te preguntan si estás casada, si tienes novio, si quieres tener hijos...". Se trata de datos

delicados, ya que pueden ser utilizados con fines discriminatorios. Por ejemplo, descartando a madres solteras por el mero hecho de serlo y no basándose en su profesionalidad.

¿Qué hacer ante ese escenario? "Claro que ante ciertas preguntas se puede no contestar, pero ¿qué utilización se hará de ese silencio?", se pregunta Blasco. "Si uno se atreve a defender su derecho, en muchos casos esa defensa será evaluada como un síntoma de conflictividad e inducirá a no contratar el candidato". Quizá la mejor solución es la de Federica: "Yo miento, directamente y sin problemas. Ante preguntas capciosas, respuestas mentirosas...". Si la mentira afectase a la formación del candidato, ello podría ser motivo de despido, pero sobre aspectos de la vida privada, no.

Los anuncios mentirosos

Más difícil es protegerse ante otro tipo de abuso: los anuncios mentirosos. La experiencia de Adriana es iluminadora al respecto: "Fui a una entrevista para un puesto de teleoperadora. En el anuncio buscaban gente que hablara portugués y francés. Yo estaba interesada en ganar algo de dinero y, a la vez, practicar un idioma. Pedí un día libre en mi trabajo y fui a la selección. Esperé durante tres horas a que otros 40 candidatos contaran su vida, formación y aspiraciones en voz alta, delante de todos los demás. Lo hice a mi vez. Y, cuando especifiqué que yo optaba para un puesto en portugués, sencillamente se me dijo que no había...". Otra mañana perdida, más rabia e indignación. Al igual que quienes acuden a convocatorias que no son mentirosas, pero que están redactadas de forma tan hermética que no se sabe bien para qué puesto, horario y sueldo se compite.

Vacío legal

El elemento clave de la cuestión es que "el ordenamiento jurídico calla en materia de selección del personal. Todo se deja al mercado. El derecho laboral no prevé ninguna previsión específica y las garantías establecidas genéricamente por el ordenamiento quedan como algo muy lejano, nulo en la práctica", subraya Pedro Gete, profesor de Derecho Laboral de la Universidad Complutense, en Madrid. ¿Cómo probar que, en un procedimiento a puertas cerradas, se mantuvo una actitud vejatoria?

"Es muy difícil porque normalmente no queda constancia escrita y es la palabra de uno contra la de otro. Por ello, prácticamente nadie denuncia ese tipo de abusos y no hay jurisprudencia", advierte Jordi García Viña, también profesor de Derecho Laboral en la Universidad de Barcelona. "Sin embargo, en EE UU, donde el sistema judicial es menos farragoso, muchos candidatos han ido a juicio. Esto ha creado una jurisprudencia sólida y producido una tendencia a la prudencia en los procesos de selección", explica Blasco.

"Una solución podría ser grabar las entrevistas", reflexiona Yolanda Valdeolivas, profesora de Derecho de la Universidad Autónoma de Madrid. "O exigir la participación en la entrevista de representantes de los trabajadores. Pero los candidatos no son un colectivo estructurado y raramente están afiliados a sindicatos. Por ello, no hay una verdadera y potente reivindicación de derechos, pero habría que insistir en ello", opina, contando, de paso, casos de los que tuvo conocimiento. "Tengo constancia, por ejemplo, de casos en los que se convoca el candidato, se le deja esperar dos horas y, cuando pregunta qué está pasando y por qué tardan tanto, se le dice que puede marcharse. ¿Motivo? Si ha esperado dos horas para tomar la iniciativa, es que no sirve para el puesto...".

"¿Hasta dónde estamos dispuestos a aguantar?"

"GORDA, TETUDA...". "Moraca, no sabe ni dar la mano...". "Voz de pito, parece idiota...". Esos comentarios sobre candidatas a un puesto de trabajo en un supermercado, anotados por un seleccionador y encontrados en una papelera, dieron al autor teatral Jordi Galcerán la idea base para escribir *El método Grönholm.* La obra, que se representa en segunda temporada en Madrid y Barcelona, ha inspirado a su vez la película de reciente estreno *El método,* dirigida por Marcelo Piñeyro.

"Imaginé a esas chicas intentando dar una buena imagen de sí mismas, una imagen empresarialmente correcta, intentando hacer lo que creían que se esperaba de ellas, dispuestas a soportar incluso pequeñas humillaciones para conseguir ese trabajo que necesitaban", señala Galcerán. "Y allí está el punto: ¿hasta dónde estamos dispuestos a aguantar? Sobre ese punto juega la obra, construyendo una caricatura de lo que es la realidad. Pero ojo: las caricaturas consisten en llevar al extremo hechos reales", explica el autor en una conversación telefónica desde Barcelona.

"Las empresas tienen interés en averiguar no sólo la profesionalidad de los candidatos, sino también su personalidad e ideología y el encaje de estos aspectos en la filosofía de la compañía", prosigue. "¿Hasta dónde es legítimo empujar esas averiguaciones? Yo no tengo la respuesta, pero hago la pregunta. No se trata de un asunto dramático, pero el problema está allí".